

“LA 19”, UNA ETNOGRAFIA DE LA IMAGEN

**LUIS EDUARDO WHITE PATIÑO
JORGE ENRIQUE WHITE PATIÑO**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES
MAESTRIA EN ETNOLITERATURA
SAN JUAN DE PASTO
2011**

“LA 19”, UNA ETNOGRAFIA DE LA IMAGEN

**LUIS EDUARDO WHITE PATIÑO
JORGE ENRIQUE WHITE PATIÑO**

**TRABAJO DE INVESTIGACION PARA OPTAR AL TITULO DE MAESTRIA EN
ETNOLITERATURA**

Asesor

MARIO MADROÑERO MORILLO

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES
MAESTRIA EN ETNOLITERATURA
SAN JUAN DE PASTO
2011**

NOTA DE RESPONSABILIDAD

“Las ideas y conclusiones aportadas en la tesis de grado, son responsabilidad exclusiva de su autora”.

Artículo 1 del Acuerdo No. 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

Nota de aceptación

Firma presidente de Tesis

Firma del jurado

Firma del jurado

San Juan de Pasto, Mayo de 2011

TABLA DE CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	
1.	
ACERCA DE LA MEMORIA.....	10
1.1 DE LA MEMORIA Y LAS OPERACIONES DEL RECUERDO.....	10
1.2 GENEALOGÍAS DE LA MEMORIA E IMAGINACIÓN.....	17
1.3 MANIFESTACIONES DE LA MEMORIA.....	20
1.4 IMAGINACIÓN-IMAGEN-RECUERDO.....	23
2. COTIDIANIDAD VISIBLE-INVISIBLE.....	26
2.1 PRACTICAS MATERIALES, TERRITORIOS-ESPACIO-TIEMPO.....	26
2.2 ALTERIDAD COMO SUSTENTOS COTIDIANOS.....	31
2.3 TENSIONES CONTEMPORÁNEAS EN LA VIDA COTIDIANA.....	35
3. DISCONTINUIDAD E IMAGEN.....	41
3.1 FENOMENOLOGÍA DE LA IMAGEN.....	41
3.2 CORRESPONDENCIAS MIRADA-IMAGEN-ETNOGRAFÍA.....	46
3.3	
ETNOGRAFÍA DE LA IMAGEN: ABSTRACCIONES PRACTICAS.....	49
4. “LA 19”, UNA ETNOGRAFIA DE LA IMAGEN.....	52
4.1 APROXIMACIONES ETNOGRÁFICAS.....	52
4.2 CARTOGRAFÍAS DE APRENSIÓN.....	55
4.3 ESPACIOS NUEVOS, LUGARES Y PRÁCTICAS INAMOVIBLES.....	59
4.4 IMAGEN PÚBLICA VS IMAGEN PRIVADA.....	65
4.5 PRÁCTICAS, RITUALES Y COMPORTAMIENTOS.....	68
4.6 FENOMENOLOGÍAS LENTAS A LA SOMBRA DE LA IMAGEN.....	78
BIBLIOGRAFIA.....	86

RESUMEN

El objetivo de esta investigación es develar a través de la IMAGEN (imagen visible-imagen invisible), sentidos culturales, construcciones simbólicas y creaciones estéticas de una comunidad sumergida en una zona de tolerancia. Es una reflexión profunda sostenida en la observación, la memoria, la cotidianidad en una etnografía experimental y el comportamiento no verbal como investigación cualitativa, así que se hace demarcación de campo, estudio de casos, biografía etnográfica pero a partir del testimonio y poder de la imagen-acto. El producto de este proceso se constituye en una teoría sobre estéticas urbanas que se materializan en interpretaciones investigación-creación y en la conceptualización de las experiencias de campo. El valor de la imagen estaría en la capacidad de discurso que puede generar como otra posibilidad de prácticas investigativas socioculturales.

Palabras claves: imagen, etnografía, memoria, cotidianidad, lo simbólico, imaginarios, estéticas urbanas.

ABSTRACT

The objective of this research is to reveal through the IMAGE (image visible -image invisible), cultural meanings, symbolic constructions and aesthetic creations of a community engulfed in a tolerance zone. It sustained a deep reflection on observation, memory, everyday life in an experimental ethnography and nonverbal behavior as qualitative research, so it is demarcation of the field, case studies, ethnographic biography but from the witness and power of image-event. The product of this process constitutes a theoretical on urban aesthetic interpretations are embodied in research and development in the conceptualization of field experiences. The value of the image would be in the ability of speech can be generated as another possibility for cultural research practices.

Keywords: image, ethnography, memory, everyday life, the symbolic, imaginary, urban aesthetic.

INTRODUCCIÓN

Esta obsesión, esta pasión, por la ciudad, por las calles, por “la 19”, por la imagen, es el intento de esta escritura, es la ocurrencia de la mirada, de las sensaciones, de la experiencia para contar acerca de los fenómenos, del acontecimiento desde sus afueras, desde sus adentros, de este lugar ajeno porque incomprendible, propio porque urbano, vergonzoso porque público.

“La 19”, Una Etnografía de la Imagen intenta a través de un concepto como “*la imagen*”, recoger las manifestaciones y creaciones especulares – tanto por lo que se refiere a lo visible, como por las operaciones reflexivas – de un territorio urbano formado por prácticas clandestinas, organizaciones y reglas como construcciones simbólicas vividas y comprendidas en sus propios contextos, pero al mismo tiempo estigmatizadas por las mentalidades colectivas, desconociendo, inclusive, sus constituciones como cultura. Por tanto esta etnografía está realizada por procedimientos más sensibles, experimentales y semánticos que corresponden a las características de los estudios de la antropología simbólica y las etnografías posmodernas, por eso se destacan en este estudio iniciativas sustentadas en los diálogos interpretativos de la memoria, de lo cotidiano, de lo fenomenológico y en la observación de las expresiones de la zona de tolerancia de “la 19” que se convierten en el núcleo de la construcción etnográfica.

Para la misma labor, fue necesario al lado de la investigación de campo trabajar algunos contenidos teóricos como justificaciones y sustentos a las comprensiones experienciales, la idea de alguna manera es transitar entre los conceptos y las observaciones hilando verdades sostenidas en especulaciones reflexivas. En

este escrito aparecen como anticipación del texto etnográfico tres conceptos inherentes al objeto de estudio, el primero trata sobre la “memoria”, el segundo revisa “lo cotidiano” a través de los estudios culturales y el tercero piensa desde los discursos fenomenológicos la “imagen”.

Se explorara la problemática de la memoria, sus fenómenos y naturaleza propia, lo que interesa es su capacidad de manifestación y su posibilidad objetal en relación con la imagen. El texto “Acerca de la Memoria” se presenta como fundamento trans-vivencial en el desarrollo de la etnografía, estas preocupaciones en las averiguaciones de campo, proponen realizar un contenido propio, producto de las reflexiones y diálogos como encuentro de espíritus entre el estudio del texto de Paul Ricoeur, “La Memoria, la Historia, el Olvido” y nuestros conocimientos, unas veces empíricos, otros intuitivos, y otros cuantos reflexivos, así como nuestros presupuestos cotidianos y mundanos.

Abordar lo cotidiano dentro la investigación de campo ha sido fundamental para el re-descubrimiento y significación de las construcciones simbólicas de “la 19” entendida como cultura urbana. Los estudios culturales de lo cotidiano ponen atención a las expresiones fundamentales de los individuos junto a sus tejidos, mediante estas comprensiones es posible meditar sobre sus instituciones naturales organizadas en sus prácticas y rituales. Los fenómenos se develan en lo cotidiano y aparecen como lenguajes, retóricas y manifestaciones del acontecimiento; el espacio-tiempo, el otro, la vida, son consideraciones de la propia experiencia, inseparables de lo humano y miradas como el corazón de esta investigación. La importancia de estudiar lo cotidiano reside en que es el espacio donde precisamente “sucede, construye, re-hace, transforma” el mundo de los hombres.

La imagen es el pretexto para acercarnos a lo imaginario, lo simbólico, lo estético. Fue el motivo fundamental para esta investigación, debido a nuestra formación en artes plásticas y visuales, pues la manera más directa para hablar sobre “la 19”, para nosotros, sería a través de la imagen. La solvencia está dictada por la fenomenología de la imagen, inclusive como una metodología más, la importancia insiste en el estudio del fenómeno y su manera de aparecer, lo hace en imagen, la mirada lo constituye en representaciones y el espíritu lo realiza en interpretaciones, así que se crean realidades y sentidos a través de la imagen.

Por último está el texto etnográfico, que no es más que una poética de la imagen de la propia experiencia, no solo de ahora, sino de las verdades contadas en el tiempo desde la piel de los investigadores. Quiere decir también que la cultura viene a ser referida en un orden de significados y significantes que se hace inteligible justamente desde sus textos, contextos y representaciones. No solamente es un discurso de lo observado, además es la entrega de las expresiones de los aspectos emocionales y afectivos de los fenómenos estudiados, dicho de otra manera, son los diálogos con los actores de la zona en la experiencia etnográfica y las exclamaciones y sensaciones de los etnógrafos en las prácticas.

Seguramente habrá muchas investigaciones sobre prostitución, zonas de tolerancia, problemáticas sociales en torno a lo mismo, inclusive sobre la misma diecinueve, pero se trata de hacer una etnografía de la imagen tomando como problema el territorio establecido en los imaginarios sociales, es la oportunidad justa para contar, tanto aquello que es visible o perceptible por la imagen, como aquello que la imagen guarda tras su objeto, objeto como sujeto por extensión, y que solo es posible por la imagen, no con el propósito de reivindicar nada, sino con la objetivo de acceder a las existencias culturales.

Entonces el ánimo de esta investigación será superar la reducción descriptiva de la cultura. Contar los fenómenos de “la 19” en traducción introspectiva, tiene que ver más con la creación de una etnografía reflexiva, donde la formalización de los reconocimientos y observaciones no tienen más que la intención de abrir interrogantes.

1. ACERCA DE LA MEMORIA

1.1 DE LA MEMORIA Y LAS OPERACIONES DEL RECUERDO

Un acto de memoria. El propósito encierra descubrir las maneras, capacidades y necesidades que tiene el recuerdo en su aparecer. La reflexión acerca de la memoria nació en uno de los días de observación en la zona de investigación, aquí la imagen puede aparecer como un pretexto para acercarnos al precepto que entraña “la 19”, la memoria nos dejaría ver el mensaje secreto de este código, que no sería más que su *etnos* y *ethos* antes o después de la imagen.

Estábamos parados cerca del hotel Suiza, mirando las escenas comunes del lugar, de pronto apareció de la esquina una mujer con paso apresurado y atravesó la calle en dirección nuestra. A pesar de tanto tiempo la reconocí inmediatamente, siempre había querido volver a verla, ella fue la más popular por su belleza y sensualidad en ese entonces. No sé porque no hice nada, tal vez porque los miedos también tienen memoria. Mientras se perdía en la siguiente esquina me arrepentí profundamente de no haberla abordado, fue entonces cuando las imágenes de treinta años atrás se me vinieron encima, cuando la curiosidad y los impulsos moldeaban el carácter del adolescente de entonces.

En aquel tiempo, al cruzar la esquina del parque de los periodistas, había una tapia de cemento con un descanso a manera de una banca insertada en la pared, donde algunas gentes la usaban para reposar y nosotros para trepar y comprobar lo que había al otro lado del muro, al frente estaba la bajada al churo, destapada y peligrosa porque aquí pululaban las caletas de los delincuentes, más allá se encontraban la ferretería Argentina y el hotel ABC, este último era una casona de dos pisos, balcones

republicanos en simetría con puertas grandes que siempre estuvieron clausuradas, excepto el portón principal que dejaba ver un zaguán oscuro, profundo y en su interior un patio grande y piezas a su alrededor. Aquí, en la puerta del hotel, no era frecuente ver paradas prostitutas, pero de todas maneras, el hotel si las recibía para su trabajo. Al frente había una casa de tapia de dos pisos muy grande, pintada con carburo blanco, en el primer piso funcionaba un restaurante que me producía cierto recelo por el olor rancio y penetrante que inundaba el ambiente de la calle. Su interior era triste, con luz tenue y amarillenta, las mesas estaban arregladas con manteles plásticos a cuadros y diseños característicos de la cocina, algo deteriorados y macilentos por el tiempo, con asientos metálicos replegables y ordenados a su alrededor. La otra cuadra empezaba con una tienda de revistas, que por ser esquinera tenía una ventanitas en cada frente usadas como vitrinas, en la fachada principal se exhibían las revistas de actualidad, la vea, cromos, vanidades, mecánica popular, selecciones y los nuevos comics, mientras que en la otra ventana se mostraban despreocupadamente las revistas ya quedadas, desteñidas por la luz y el tiempo. La dueña era una señora de gesto ceñudo, bajita, de cabello corto y encanado, usaba lentes de espejos bastante gruesos y el esfuerzo que hacía para poder ver aumentaba su aspaviento de mal carácter. Era muy prevenida para atender, seguramente debido a la naturaleza de la zona, tanto así que si uno entraba a preguntar por algo y no compraba nada, terminaba regañado y expulsado del local, su esposo trabajaba en un rincón de la tienda en un cubículo de relojero, permanecía agachado con la lupa en el ojo revisando las maquinas regadas en su mesa y a pesar de las exclamaciones de su esposa, nunca se metía en nada. Después de la tienda de revistas estaba el hotel Palmira, que era un metedero de bajo perfil, más que los otros para ser justos, exclusivo para el alquiler de piezas que usaban las prostitutas que se paraban en la puerta de entrada y al frente del mismo estaba la competencia, el hotel Pereira, que también alquilaba piezas para el rato, como un negocio aparte, porque además recibía inquilinos que venían de los pueblos, comerciante nativos del Ecuador y las foráneas que preferían estos arriendos por vivir en la misma zona de su trabajo. Al lado de este hotel se encontraba el hotel Manhattan

que se dedicaba exactamente a lo mismo, la diferencia entre el uno y el otro estaba sencillamente en el gusto del cliente o en la preferencia de las mujeres.

En la esquina del 20 de julio con la calle 19, había una casa de tapia con entejado, de un solo piso, aquí funcionaba un almacén de discos que tenía una ventana para exhibir las caratulas de cartón de aquellos discos de acetatos. En uno de los costados del almacén se paraba la mujer más sensual de todas las que rondaban “la 19”, era muy atractiva, de piel trigueña, cuerpo escultural, piernas torneadas y movimientos provocadores. La araña como se la conocía en el gueto se daba el lujo de escoger a sus parroquianos bajo sus propios intereses. Mostraba un carácter bastante agresivo, su espacio de trabajo no podía ser ocupado por nadie, permanecía sola, creo que debido a su voluntad sobre el territorio pero también porque las demás a su lado no tenían las mejores oportunidades para mostrarse. No me acuerdo haberla visto sonreír, pero su gesto impulsivo la hacía ver aún más exótica, por sus ojos rasgados, pestañas negras alargadas, cabello oscuro y ondulado hasta la mitad de la espalda, labios gruesos, pómulos resaltados y nariz perfecta. Pero si de encantos y estrategias se trataba la araña sabía tirar muy bien sus redes. Vestía de color negro con combinaciones extravagantes, minifaldas apretadas para dejar ver su figura, blusas transparentes, encajes sugestivos, medias de malla o piernas desnudas, zapatillas de once y medio para estilizar la silueta. Los incautos caían rápidamente en sus encantos y eran despachados sin demoras, pues afuera había un solapado turno que ella sabía manejar con absoluta diligencia.

No puedo ajustar precisamente el momento que dejo de aparecer la araña en la equina del 20 de julio, pero pasaron muchos años y nunca más la volví a ver, hasta ahora cuando solamente pude acompañarla con la mirada reconociendo en cada movimiento y en cada respiro el tumbao de su gracia y la sensualidad que alguna vez la hizo tan popular en el bajo mundo de” la 19.

Es necesario entrar en sueño para encontrarse con lo acaecido, negociar con el presente y sostener la imagen de su tiempo. A veces las escenas aparecen de repente, otras cuantas cuando pasamos por los mismos lugares y algunas veces cuando las sensaciones reconocen las alusiones del pasado, pero sea como sea, sus significados siempre serán los mismos. La imagen en su aparecer recurrente puede estar dictada desde distintas órdenes, en miradas intestinas más profundas o en encuentros íntimos más ligeros, en necesidades visionarias más alusivas o en suertes soñadoras más relativas, pero la imagen del recuerdo, más nítida o más difusa, empiece desde donde empiece, siempre será inseparable a nosotros como único nexo con el pasado.

La reflexión de este acto de memoria nos exige hacer algunas ampliaciones. Lo primero es que el recuerdo tiene dos posibilidades de modo alternativo para realizarse: por una parte el recuerdo puede manifestarse como una *epifanía*: aparición repentina en nuestro íntimo como referencia del pasado que lo hace en imagen la cual reconocemos como nuestra. Su llegada mágica la hace de manera neutral, sin trabajar en su renovación e igualmente logra afectarnos en nuestro interior. Por otra parte el recuerdo puede ser buscado como una diligencia para encontrar el pasado y traerlo al presente, necesidad que se cumple en una actividad inteligente para conseguir la representación eidética de un acontecimiento que ya pasó, que deseamos volver a vivir en nosotros, íntegro. Pero al contrario de cuando se nos aparece.

Nos acordamos de aquello que conocemos o sabemos, porque ya lo experimentamos. Entre lo cognitivo y lo pragmático la memoria justifica su

naturaleza veritativa, fiel a la realidad del pasado arrastrada como realidad al presente. Si tenemos que hablar del ayer, la única manera de hacerlo es la memoria, entonces ese acontecimiento del pasado es renovado para dar cara a un hecho que ocurrió y del cual yo puedo dar testimonio mediante mi relato, para lo cual me fundamento en mi conocimiento: se como es, se como pasa, se cómo hacerlo, pero también en mi experiencia: lo que vi, lo que sentí, lo que viví. Y todo esto porque no solamente puedo hacer un acto de introspección y sensibilidad, sino que también estoy abierto a las situaciones mundanas que implican el cuerpo, el otro y el universo mismo.

Así que diremos, que el fenómeno se nos apareció, lo poseemos y nos posee, todo al mismo tiempo. Entre él y yo existe una relación constituida, ahora esa particularidad es exportada como verdad al presente, eso me da la autoridad para definirlo en mí y para contarlo con el peso de la certidumbre. Lo que se manifiesta aquí es el carácter de lo evidente de la memoria como conciencia del pasado en el presente. Este aporte sobre la conciencia en el acto de la memoria remite nuevamente a la fuerza del conocimiento y la experiencia como fuentes de los modos en que opera la memoria: uno, el recordarme permite salvar mi pasado del olvido y garantizar mi porvenir, porque la memoria se encarga de guardar las lecciones de lo vivido; dos, la memoria al revivir el pasado expone los saberes propios y de los demás, por eso su principio es la conservación del recuerdo a través de la oralidad y el relato como interpretación de verdades; tres, el reconocimiento actúa como un antepuesto llevado a la oportunidad: reconozco a esta mujer que apodaban la “*araña*” en la 19, porque la conocí en el pasado aunque ya no es la misma, entonces el reconocimiento compromete a lo otro del pasado como lo mismo en el presente en cuanto ausencia como presencia.

No hay duda que existe una experiencia estética en el acto del recuerdo. Inmediatamente cuando este viene a nosotros, se renueva mostrándonos el acontecimiento igual que una película que nos proyecta escenas del pasado en imágenes cargadas de significados, valorando así sus designios y calculando el instante en una vivencia profunda. Ocurre algo en nosotros en la medida en que un evento externo se interioriza, es que este se inaugura como recuerdo, reteniendo sus manifiestos, sentidos y valores como un compuesto estético. Esto ocurre porque somos sensibles a sus declaraciones, la causa es una operación entre percepción y afectación. Podríamos decir que en ese momento, entre cuerpo y alma, se realiza la experiencia estética que iría directamente a nuestra conciencia conservada por la memoria.

Si no, ¿cómo podríamos considerar a la cosa misma como presente de lo ausente ahora que no puede ser determinada en la actualidad?, ¿inclusive cómo es posible que nuestros sentidos sientan otra vez las sensaciones de aquel momento como si estuvieran presentes? Y ¿Cómo es que los juicios de ahora sean los mismos creados en ese entonces?, la respuesta iría por delante, porque primero lo vivimos e inmediatamente lo aprendimos, ahora pertenece a la memoria, de lo cual somos conscientes por el solo hecho de recordarlo.

Así, que nuestra investigación propone revisar estéticas de “la 19” que no solamente están ligadas a experiencias, conocimientos, afectos y efectos, sino también a reflexiones sobre los contenidos de sus fenómenos, contemplados como construcciones culturales propias. Seguramente, esto no sería enteramente

posible si de antemano no tuviéramos los referentes de la memoria que nos permitirían discurrir sobre sus actividades y creaciones particulares.

Toda experiencia única cumplida en el pasado estará cargada de contenidos y sentidos permanentes constituidos en el recuerdo como vivencia. Se realiza como un acto de interiorización e innovación, pero solo es posible en cuanto se viva, exprese vida y se instale en lo más profundo de nuestra existencia como algo intangible de la personalidad. Lo vivido presupone pasado, pero además de remitir lo temporal, la vivencia exige de la conciencia, la capacidad de crear conocimiento, significados y saberes como consecuencia del acontecimiento y la profundidad del tiempo. Así que es algo inolvidable e irremplazable pero fundamentalmente inagotable, porque lo particular de la vivencia y su modo de ser es que lo vivido es siempre vivido por uno mismo y su huella es tan honda que su sucesión y alcance no se agotan, porque su naturaleza es innovar, cada vez, en una nueva manera de ser uno.

En la vivencia hay una verdad profunda que le pertenece, como singularidad, a quien lo ha vivido o sufrido. Esa impresión que supera lo mirado, lo sobrepasado, se instala en el individuo como imagen que guarda sustentos de una realidad pasada para una realidad presente: así que, eso que me sucedió, que viví, que me afectó tanto, hasta el punto de hacerme otro, se pueda volver a revivir, más que como un sueño real, como una evidencia ontológica que me da la autoridad de decir ahora, acerca de su manera de ser, que es así.

Entonces, lo que en un principio estaba fuera de mi, el otro y lo otro, pero que ahora pertenecen a esta intimidad como impresiones del alma, implica una relación entre alteridad y memoria donde el acto del recuerdo se somete a una reparación profunda y constante como mecanismos de conservación y reflexión, porque lo que la conciencia no quiere perder es el vínculo con el otro y lo otro en el tiempo, ni la fuerza de sus alcances; posibilidad que permite tener arbitrio sobre la vida y construir el futuro. La idea de reparación e identidad consideraría una operación de nuestro juicio en relación con la duración, la otredad y la representación, no como análisis desde la patología, sino como construcciones simbólicas propias de lo humano.

1.2 GENEALOGÍAS DE LA MEMORIA E IMAGINACIÓN

La memoria y la imaginación son víctimas de la misma suerte, sospechamos de su capacidad de engaño o de su posibilidad del error. Todo este pre-supuesto pertenece en principio al estudio filosófico.

Empecemos haciéndonos las siguientes preguntas: ¿si se recuerda algo y se hace en imagen, acaso se podría asegurar que esa imagen ahora en el presente corresponde, de la misma forma, a la imagen vivida en el pasado? Y ¿esta imagen que se tiene ahora como registro del acontecimiento, puede ser sustento de veracidad y fidelidad del pasado? Las reflexiones y exploraciones sobre estos interrogantes pueden partir de la metáfora de Sócrates, el trozo de cera, en las lecturas de los diálogos del “Teeteto”, con la posibilidad de revisar la problemática de la presencia de lo ausente.

Concédeme, entonces, en atención al razonamiento, que hay en nuestras almas un bloque maleable de cera: mayor en unas personas, menor en otras; de una cera más pura para unos, y más adulterada para otros; unas veces, más dura, y otras, más blandas, y en algunos, en el término medio”. Teeteto: - “lo concedo”.- Sócrates: “pues bien, digamos que es un don de memoria, la madre de las musas: aquello de que queremos acordarnos de entre lo que vivimos, oímos o pensamos, lo imprimimos en este bloque de cera como si imprimiéramos el coño de un anillo. Y lo que se imprimió, lo recordamos y lo sabemos en tanto su imagen (eidolom) permanezca ahí; pero lo que se borre o no se pudo imprimir, lo olvidamos (epilolesthai), es decir, no lo conocemos.”¹

Se considerara, entonces, algunos aspectos que la metáfora de cera nos enseña y que son susceptibles de una interpretación algo más lateral y múltiple para el caso.

Por una parte, el material del que estamos hechos por dentro es de diferente naturaleza para cada uno, esto explicaría porque no se podría entender la impresión de la imagen como un absoluto, como un sello o clisé igual para todos, la imagen sería guardada por cada quien según su afectación, sensibilidad y percepción, así que la relatividad de la imagen y el recuerdo son anunciados aquí en tanto que mi vivencia no es de la misma calidad, ni significado que para el otro. De otra parte se contempla la idea que aquella operación de constituir una imagen sobre la cera como recuerdo es relativo al material como don de memoria, quiere decir que lo percibido y lo imaginado pueden ser elaborados por una subjetividad particular, la operación se sustrae a que la imagen que yo guarde solamente podría coincidir con mi experiencia, de ahí el alegato ontológico de la memoria, pues lo diferente, lo diverso como imitación de la realidad guardada en imagen constituiría su carácter múltiple de fidelidad y veracidad, por tanto expuesta a la creencia y a la sospecha.

¹ Texto establecido y traducido por Michael Nancy, Flammarion, Paris [trad. Cast. De Manuel Balasch, *Teeteto o sobre la ciencia*, Anthropos-Ministerio de educación y ciencia, Madrid, 1990]. citado por RICOEUR, Paul. La memoria, la historia, el olvido. Madrid: Trotta, 2003. p.25.

La intencionalidad de acuñar el acontecimiento, la cosa, en imagen, según la metáfora de cera, tiene como destino poder recuperar más tarde esa imagen mediante la posibilidad del recuerdo. Su factibilidad dependerá de la impresión que se logre hacer en el material que hay en nuestro interior, hay que considerar que la estela que se deja en este soporte puede correr el riesgo de perder su fuerza debido a dos causas: la primera, por una justificación débil: lo que no se pudo asentar; la segunda, por su borradura: lo que no se pudo sostener. Tanto el error de impresión como la pérdida de la huella son equivalentes al olvido, este como el lado oscuro de la memoria que esconde la transparencia del recuerdo y niega el conocimiento.

La memoria se manifiesta a través de la producción de imágenes y la capacidad de recordar sensible. Esta imagen que aparece como otra cosa semejante, imitada de la realidad, se identifica con la mimesis: aparato maquinal que reproduce o busca ser idéntico, de tal manera que las imitaciones nos invitan a creer que son verdaderas las cosas copiadas, es decir producción de imágenes a cambio de las cosas reales. La impresión del cuño del anillo es una huella en imagen, una imitación de la matriz, en la problemática de la memoria y la imaginación, la relación de impronta e imagen se extiende o desdobra a la de semejanza en el arte mimético: según la calidad de impresión, que podría salir bien o mal, habría mimesis reconocida o mimesis perdida.

De la misma metáfora, cuando se refiere a la traza dejada por el anillo en el material, imaginamos la labor de grabar la imagen del objeto en un órgano afectivo a su recepción, todo el trabajo se materializa en la captura de la imagen para ser conservada afín a su original, lo nuevo es copiado como registro para ser sostenido, entonces aseguramos su procedencia y confiamos en su autenticidad. De la misma manera el acontecimiento sufre la misma operación, es retenido en el

material sensible de nuestras almas como una incisión profunda, porque la idea de huella tiene una acepción especial, se propone como algo más intenso, más determinado en nuestros adentros. Así que se necesita poner a prueba el material del que estamos hechos, con el cual somos capaces de ser sensibles al mundo. Por lo tanto volvamos a la consideración inicial de la metáfora de Sócrates, cuando revisa la índole susceptible de las naturalezas del bloque de cera, según la cual dependería la calidad del registro hecha por la especificidad. Las consecuencias serían de diferente comprensión: primero, la capacidad de percepción; sabremos más en la medida que nuestras competencias para registrar el acontecimiento sean más fieles y prácticas. Segundo, por su condición primordial; la experiencia puede ser mejor aprehendida y asimilada, por tanto de mayor propiedad, más sostenible y confiable. Tercero, conforme a nuestra sensibilidad; serán más provechosas o desperdiciadas, más reflexivas o precipitadas, más afectivas o indiferentes, etc. Entonces la cera que imprime la huella se traduce en la esencia que guarda la vivencia y en tanto recordemos su presencia, será el producto de las opiniones que desenlazan las sensaciones y las reflexiones, así pensadas y así representadas.

1.3 MANIFESTACIONES DE LA MEMORIA

Para escucharse a sí mismo, al tiempo que se evoca el pasado, no podemos recurrir a otra instancia, a otra manera, más que a la gracia de la memoria, que a la vez apela también a otro recurso: a la fidelidad con el pasado para aseverar que lo que se vivió se puede traer al presente como posibilidad de volverlo a vivir, así sea de otra manera, no como volver a tocar la piel literalmente, sino como volver a sentir la piel sin dudar de tal participación. Tales consideraciones fenomenológicas en relación con la memoria necesitan de antemano ser precisadas desde las oportunas observaciones que miran los fenómenos mnemónicos como

trascendencias cotidianas y fundamentales en la existencia y decurso ordinario de la vida.

La primera observación a la que nos referiremos, entre fenomenología y memoria, desde la explicación y descripción de sus fenómenos tiene que ver con las “*facultades*” de la memoria como eficacia en el logro y satisfacción para traer lo ausente al presente. Solamente por la virtud de la memoria somos capaces hoy, porque lo aprendimos ayer, de narrar, proceder, valorar el futuro y tener conciencia; sin la autoridad de la memoria tampoco habría posibilidad de reconocimiento e identidad.

La capacidad de la memoria ante todo es la de sostener el pasado como sustento de lo vivido y recuperarlo cada vez como necesidades humanas, opera como un mecanismo sensible capaz de capturar el mundo, guardarlo en imagen, interiorizar sus sensaciones y darle significados como elaboraciones propias de nuestras almas, lo hace a través de los sentidos y de alguna manera tiene el poder de grabar colores, olores, sentimientos, juicios, tiempos y espacios.

Estas operaciones entre fenómenos, sentidos y memoria son obedecidas y procesadas como inteligencias, que luego nos servirán para cumplir con las exigencias y comprensiones de estos espacios sinceros. Se efectúan en el momento de traer el pasado al presente cuando, para darle semejanza justa a su aparición, trabajamos, al mismo tiempo, en su reconocimiento. Esta aparición, objeto-fenómeno, cargado de memoria, aunque provisto de significados generales, nosotros, al convertirlo en un objeto-recuerdo le damos significados especiales por tener la capacidad de comunicar memoria y llevar una carga

simbólica. La facultad de la memoria del reconocimiento se manifiesta aquí por su propiedad de afirmación y su carácter de representación.

Los recuerdos son muchos y la memoria es integral, a tener en cuenta, porque la capacidad de distinguir los recuerdos, atribuirles sentidos y enriquecer los relatos, le pertenece al devenir de la memoria, que contempla el recuerdo como textos posibles de interpretar, narrar y jugar con sus contingencias múltiples de realización. Esta facultad de revivir el pasado según necesidades, deseos, circunstancias, con tonos y ánimos particulares, explica las posibilidades de fragmentación y no de dispersión, que tiene el recuerdo como acercamientos a las realidades del pasado y niega, de una vez, la voz de la síntesis como relato del acontecimiento.

La siguiente observación de la relación entre fenomenología y memoria, se presentaría de la comprensión del tiempo como algo inherente al recuerdo. Lo fantástico del pasado es que contiene la verdad de nuestra participación en el mundo que tuvimos lugar alguna vez y que puede ser consignado al presente como aparición siempre nueva del acontecimiento.

El tiempo de la memoria es el pasado y su comprensión se produce en imagen. Los recuerdos aparecen en escenas a maneras de relatos y correlatos reproduciendo el pasado como una película cinematográfica que usa tiempos, movimientos e imágenes para constituirse como recuerdo en nuestra pantalla interior que aplica como un producto de lo trabajado por lo vivido. Los tiempos en el recuerdo marcan su naturaleza salvando lo intuitivo como verdades del espíritu y a través de las sensaciones como impresiones del alma; la experiencia es única y de íntima afectación. Así que hay una duración para que estas operaciones que

van desde un interior que piensa hasta un interior que siente, se constituyan como resonancias objétales del tiempo, logrando sujetar el pasado como realidades con todos sus suplementos: impresiones sensoriales, interpretaciones formales, razonamientos estéticos y acepciones simbólicas.

Al fenómeno del tiempo se une otra manifestación. La memoria-lugar como algo sustancialmente inseparable, este concepto debe ser entendido como lo coactual del pasado y su temporización objetal y luego como un espacio vivido y no etéreo cuando nos acordamos de las cosas pasadas. Los lugares en el recuerdo se forman como destinos del tiempo, referentes del pasado y realidades ausentes.

El recuerdo nunca deja de lado la revelación del instante y la cualidad del lugar, pues el acto de emplazamiento y desplazamiento, al que la memoria declarativa acude para recordar y relatar, tiene la facultad y la garantía de evocar el hecho de la problemática tiempo-lugar que registra la memoria en mayor complejidad, ya que su afirmación se sustenta en la experiencia real y el relato como testimonio de semejante verdad. Hablar de los lugares es tener a mano los indicios del pasado, el tiempo hace su cometido, los lugares cambian con el paso de los años o inclusive desaparecen pero su oportunidad de aparecer mediante el recuerdo tal cual permanecían, se debe a que no son insensibles a la cosa que los ocupaba, a la cotidianidad que los vivía, ni al espíritu que los respiraba en el momento de su aprehensión. Los lugares que habitamos y transitamos fueron el mundo al que accedimos, ahora que ya no están o que ya no son los mismos, solamente la memoria-lugar da paso al vínculo más extraño entre ser humano, fecha y lugar.

1.4 IMAGINACIÓN-IMAGEN-RECUERDO

La necesidad de averiguar el pasado en imagen es un acto maravilloso producido por la imaginación que junto a la memoria tienen como capacidad el aparecer de la cosa ausente como imagen interior. Es así como el poder de la imagen se manifiesta en su constitución objetal: aparecer-apariencia; y el poder del recuerdo se declara en su estatuto temporal: pasado en presente. Entonces el recuerdo y la imagen serían entidades distintas que se relacionan entre sí como naturalezas de la memoria para constituirse como objeto-tiempo.

En esta dimensión la percepción se enfrenta al aparecer de la cosa como un acto cumplido en el pasado y ahora transformado en recuerdo. Esta operación de la imagen como un producto de la presentación de la cosa en la realidad, pasa al lado de la ficción como cosa común a todas las no-presentaciones y por tanto a las facturas de la irrealidad. Pero el recuerdo-imagen en su actividad estaría comprometida un paso después de la presentación y un paso antes de la no-presentación, todo esto por su comercio íntimo entre realidad del pasado e imaginación en el presente.

La actualidad de la cosa se presume como presentación de la misma: presente temporal y presente objetal; así que cuando la cosa aparece lo hace por imagen, diríamos imagen actual de la cosa; pero en cuanto esta pasa a ser recordada, su imagen sobreviene como no-actualidad y por consiguiente sería producto de la no-presentación. La realización de este fenómeno en el acto de memoria participa de manera peculiar, pone en vértigo la línea de separación entre presentación y no-presentación.

Esta vez la retención logra una licencia: lo hecho en el pasado y recordado en el presente se acerca más a la imaginación, pero en cuanto vuelto a vivir, vibrará en su misma posición, como una amplificación de aquella manifestación percibida, pues lo vuelto a vivir persiste en idéntica fijación como una aparición que arrastra toda la carga de su revelación. Así que el recuerdo inaugura una realización objetual y temporal: su imagen aparecerá en traslado, como paso, de lo presentado de un tiempo a otro, de una manera a otra, más que lo fantástico, de cara al lado de la no-presentación con su sombra al lado de la presentación.

La retención esta aferrada sustancialmente a la percepción del instante, pues lo percibido ha pasado a interiorizarse y su actualización será elaborada por la reproducción como modos de imaginación. La imagen es recurrente en el caso del recuerdo como reproducción, que apela a lo retenido para poder hacer su labor de arrastre en imitación del momento mismo, su copia es perfecta, nada podrá añadirse a su imagen y su naturaleza será denunciada según lo aprehendido, sin embargo en su cada vez, la maquina alucinante de la mirada interior innovara el pasado como logro y satisfacción sensible.

En nuestras vidas, las realizaciones pasan por las complexiones del tiempo y las contingencias en el espacio, además estas motivaciones se relacionan con los objetos y sus contextos. Es una cotidianidad que asumimos como poseedores y poseídos de los fenómenos de este mundo; de tal manera que nadie más como nosotros para asegurar, que lo que vivimos, pensamos y sentimos en ese entonces, es una verdad como afirmación del ahora, en el recuerdo. Y pues mientras se pueda pensar en el pasado y en imagen, puedo reconocer y reconocirme en mi condición de ser en el pasado y en el presente.

2. COTIDIANIDAD VISIBLE-INVISIBLE

2.1 PRÁCTICAS MATERIALES, TERRITORIO-ESPACIO-TIEMPO

Concebimos la ciudad, cada quien, de manera particular, seguramente según nuestras prácticas, rituales y penetraciones urbanas, la identificamos porque la hemos vivido, por ser testigos de sus devenires o por conocer sus contenidos efectivos. Estos apegos naturales sobreviven a partir de que siempre seremos afectados de alguna manera por sus mundos latentes,

Las ciudades son universos creados por el hombre, luego como universos mismos son capaces de crear sus propios principios y novedades, de tal manera que en sus adentros soportan todas las intensidades de sus lógicas como suertes de ciudad, unas de tantas son sus zonas de tolerancia que pueden ser entendidas como aquellos lugares y actividades donde su espacio-tiempo, sociabilidad y micro-rituales son propios o singulares, en sus manifestaciones, a todos los demás.

Estos espacios que configuran territorios a través de límites objetuales (esquinas, calles, casas, parques, etc.), márgenes culturales (comportamientos, lenguajes, actividades, etc.) y mundos anti-sociales (prostitución, droga, travestismo, delincuencia, etc.) desobedecen toda organización convencional emplazada por las normas sociales. Aquí hay un tiempo comprendido dentro del territorio como modos de vida que le permiten pasar el momento y su propia subjetividad, así como un espacio para sus prácticas y distancias sociales, no solamente como los términos que ocupan el objeto o sujeto, sino también como sus contextos.

Estas explicaciones de lo cotidiano y su espacio tiempo se revisa en estos territorios de prácticas des-localizadas como diferencias e interrupciones urbanas.

La vida cotidiana de la 19 se compara por su marginalidad respecto a las distinciones de la ciudad, así que las relaciones entre los individuos trascienden en mundos contrarios, distancias sociales e intersubjetividades propias de su condición. La socialidad se sustenta en muchos procesos, pero algo que determina los encuentros, de primera mano, como vehículos de comunicación, es la mirada; en este lugar existe una peculiaridad, según esta comprensión, se mira pero al mismo tiempo se niega la mirada, todo esto ocurre por imposiciones morales, reservas individuales o descalificaciones sociales, es un encuentro con lo prohibido que se realiza como un comercio entre las necesidades del uno y las justificaciones del otro.

Se puede distinguir una cotidianidad confusa y enrarecida debido a sus condiciones y comportamientos indistintos a nuestras órdenes y prácticas, solamente la facultad de una mirada atenta, con oficio y con la sensibilidad para dejarse afectar podría determinar su momento; el problema es que cada vez más, la mirada se vuelve inútil superada por las problemáticas de la actualización, como la velocidad y la automatización de la información, fenómenos que contribuyen al olvido, la indiferencia de los mundos y la incapacidad de reflexión. Pero si tenemos la voluntad de detenernos e inventar nuestros propios ritmos, tendremos la oportunidad de decidir sobre nosotros, sobre los territorios y complejidades de la vida, cuando sobremanera se abren o se cierran al acontecimiento. En estos ambientes tan difíciles, los individuos se identifican por sus prácticas y rituales, con lo cual formalizan sus actos al dejarse ver. Quedaría por esperar el carácter del que es mirado y esperar en ese encuentro lo impredecible, pero hecho.

La experiencia cotidiana se realiza a través de las costumbres y vivencias de los individuos que logran crear una diversidad de pulsaciones como órganos en relación con su exterior, creando así una naturaleza urbana propia y única. En este caso debemos tener en cuenta como son posibles estos fenómenos; entonces será necesario hablar del espacio-tiempo y los actores que participan de esta cotidianidad, unidos por sus dialógicas temporales y sociales. En “la 19” existen espacios y vidas reconocidas por las mentalidades colectivas, los imaginarios y los mitos urbanos, estas tensiones han terminado por constituir una imagen del lugar con una identidad marginal separada de la idea de ciudad, lo cual ha generado una atmosfera y un suelo resentido como manifestación social.

En “la 19” hemos logrado reconocer varios fenómenos y actores particulares del lugar, los cuales bajo algunas representaciones nuestras se les ha nombrado para poder hablar de ellos.

El “*originario*”, porque está acomodado al espacio que le brinda conveniencias según sus intereses y modos de vida cuasi fijos y que usa este lugar como su territorio, porque lo ha instituido para su rutina diaria así sea que está obligado a exponer su existencia junto a todos sus suplementos. Es el espacio donde pasa el mayor tiempo de su vida ofreciendo el cuerpo, escondiendo el alma, su vida auténtica y su propia identidad; además de no ser reconocido como vecino del lugar, sino como algo alarmante, es rechazado y sobre él cae el peso de la mala mirada. No es propietario de un terreno o un lugar, en cambio su espacio ganado es imaginario y territorial: es decir que los derechos sobre su territorio han sido ganados simbólicamente. Pertenecen a esta condición: trabajadoras sexuales, travestis y mujeres que combinan el oficio con la venta de droga. Los momentos de estas gentes transcurren entre la espera, el ofrecimiento, la competencia por los clientes y el acto clandestino. Pero si hay momentos para moldear el alma para

la calle, también aquí se camuflan los momentos para vivir sus preocupaciones íntimas, sus ceremonias cotidianas y el abrazo de sus relaciones íntimas.

El segundo protagonista observado en esta zona lo conocemos como “*el cliente*”, porque es quien busca de manera continua las proposiciones de “la 19” o porque está acostumbrado a disfrutar sus ofrecimientos. Es fácil reconocerlo en medio de tantas presentaciones que arrastra la calle, se devela por sus actitudes nerviosas y ansiosas con las cuales esconde su participación, generalmente se lo mira paseando en repetidas ocasiones, de arriba a abajo por las calles del sector o aparcado en cualquier esquina con actitudes vacilantes. De modo muy disimulado establece comunicación a través de señas y gestos con las queridas, luego de acordar de alguna manera el trato, conviene con ella la forma de entrar a la residencia usando las mismas actitudes, por señas. Estas conductas son particularmente llamativas, porque además de relacionarse con ella a distancia presumiendo ser inadvertido por los demás, “*el cliente*” pretende ser invisible, porque tanto al entrar como al salir de las residencias busca las maneras más particulares para no ser visto. Lo hemos definido como un ser fantasmal que no nos deja saber nada de él, porque su urgencia es esconder o negar su presencia, sin embargo su concurrencia es fundamental en la zona, ya que es quien, en definitiva, justifica el lugar.

El tercer personaje es el “*participante*”, pues parece ser que con el tiempo este fulano ha sido metabolizado por el ambiente del lugar, por su comportamiento podría ser confundido con el anterior actor, la diferencia radica en que este individuo siempre permanece en el sector, es un visitante asiduo, su divertimento esta en pasar sus ratos de ocio observando los espectáculos de “la 19”. Voyerista por naturaleza y cómplice de los eventos del lugar, se distingue por su andar lento, disimulado y sus prácticas están destinadas a lograr reconocimiento social dentro

del bajo mundo, es amigo de las prostitutas y conoce todo el territorio, así como los fenómenos que entraña la zona. Creemos también que la figura del “*participante*” podría extenderse de alguna manera para quienes por alguna razón frecuentemente aprovechan estas calles para sus oficios o porque siempre han sido caminos de destino obligados para realizar sus actividades; pero lo interesante de estas costumbres es que crea, por consecuencia, una relación a distancia con el otro, por lo mismo, porque ha logrado transformar las exclusiones en conocimiento debido a su rutina.

También se encuentra al “*vecino*”, en tanto sea residente, dueño de los negocios que funcionan aquí, trabajadores de las mismas empresas y todas aquellas personas que pertenecen al lugar de alguna forma y que por reflejo conocen y son conocidos por los demás actores del lugar. Su actitud impasible esta expresada en la *mirada-habito*: quien ha perdido la capacidad de asombro obligado por la rutina o quien esta velado por la intolerancia y se somete a la negación del descubrimiento. Sea cual fuese el caso, la mirada ha perdido su carácter sensible e intuitivo, su posibilidad de acercamiento esta borrada, estorbada por el prejuicio o la despreocupación; o por lo que es peor, por una obsesión escéptica y aséptica del lugar y por tanto expresada en un sentimiento misántropo. Esta incapacidad de sociabilidad se sustenta en la impugnación al otro.

Por último estaría el “*transeúnte*”, como una figura efímera que pasa, ocasionalmente, por este lugar en dirección a cumplir sus obligaciones más inmediatas, por eso se distingue en su manera de actuar: su caminar de paso normativo, ensimismado, conductas prevenidas o perturbado por la curiosidad, pues es excepcional que las presentaciones que hace “la 19” puedan pasar inadvertidas. Sencillamente este peatón obedece, dentro de su cotidianidad, a

costumbres controladas y a un tránsito programado. Estos actores urbanos son muy fáciles de reconocer, están entre los personajes más predecibles y comunes, hasta quienes se santiguan con golpes de pecho al pasar por ahí.

2.2 ALTERIDAD COMO SUSTENTO COTIDIANOS

Reflexionar sobre lo cotidiano en “la 19” da lugar a pensar en la alteridad, tanto porque nos enfrentamos al otro, a lo otro, como a la otra mirada. En este lado de la ciudad donde coexisten las mayores diferencias existenciales, culturales y sociales, la mirada es perturbada por concepciones anticipadas; esto quiere decir que la fijación visual de lo real está atravesada por un antes imaginario que pone en dialogo lo exterior con lo interior. Será casi imposible entrar a “la 19” sin antes llevar una carga imaginaria pre-concebida como alistamiento subjetivo; como tampoco salir sin ningún sentido de afectación sensible. Este material de comprensión, así sea mundano, es una manera propia de producir contenidos simbólicos y estéticos con los cuales el individuo construye su *yo cultural* y su *yo colectivo*.

Es de contemplar entonces las relaciones entre el uno y el otro cuando se manifiestan a través de afectos-efectos como presupuestos que se formalizan en acciones humanas. Es importante referirse a tres maneras de correspondencias: el *encuentro* como una posibilidad de disfrute; el *des-encuentro* como negación a las instancias cotidianas y el *trans-encuentro* como diseminaciones vivenciales. Estos conceptos están re-creados en relación a la observación y la experiencia, así develados y acontecidos, propuestos como maneras discontinuas de los textos y contextos de “la 19”.

El “*encuentro*” propone un acercamiento de espíritus para descubrirse el uno al otro y procurar una relación entre humanidades, esta comunión de intenciones y necesidades se establece a través de lenguajes, ánimos, sentimientos y en ese caso no solamente podemos fundar nexos al nivel inductivo de las retóricas sino también a las diferentes maneras de expresión producto de las situaciones en el campo de las experiencias. Podríamos decir en primera instancia, que la mirada y el tipo de mirada son prácticas de los lenguajes que pueden ser entendidos como un modo de organización simbólica, pues de acuerdo a los significados que se producen, en la tentativa sensible, podemos interpretar y relacionarnos con el otro y su espacio-tiempo. En el mismo nivel podemos valorar el gesto, la mímica, el roce, las voces; estas expresiones como sistemas de comunicación revelan la *correspondencia* entre los hombres. La particularidad está en “la 19”, porque el “*procedente*” usa estos lenguajes con premeditación, pues su interés y cometido es atrapar al otro para poder negociar la *carne*: En su extensión se trata de un juego con los ritmos del deseo.

Es necesario observar un comportamiento extraño y contradictorio al *encuentro* que sustituye el contacto, por la repulsión, como algo singular en la propia singularidad del individuo. Un ser en *des-comunión*: que se cierra a la mirada o por lo menos no se deja conmover, ni tampoco le interesa como acto de reciprocidad. Por un lado está quien camina en encantamiento, en contagio: perfectamente atrapado, *en-relación*; y por otro, el que se resiste al hechizo, el que esquiva el enfrentamiento, rechaza la pasión del ver y encuentra en el otro un “objeto-para-el-fin” de esta negación. Este *ser-en-des-encuentro* sostiene un más acá como alejamiento de sí-mismo con su afuera extraño, su sin-relación no guarda en el fondo más que su propia carga moral y cultural, donde su propia singularidad constituye la exterioridad sin el otro, la contradicción estaría en que su incapacidad de estar fuera de sí, no garantiza que el otro, en cambio, sí tiene una mirada para él; como dice Jean-Luc Nancy en “La Comunidad Desobrada”: “*para estar*

absolutamente solo, no basta con que yo lo esté, es necesario además que yo sea el único que este solo"(Nancy: 2006: p 92), porque nada peor que un ser separado, sin-relación en presencia del otro, como naturalización del "des-encuentro", donde el sujeto de exclusión pasa a ser objeto de representación, anticipación como acto de pre-juicio, es decir el afuera sin el otro inmediato, por el adentro con el otro imaginado. Entendiendo, además, que estamos caminando "la 19".

Así que si hay "encuentro" también hay "des-encuentro", como lógicas de los opuestos, hay otras revelaciones por liberar, el "Trans-encuentro": como un a través, un del otro lado, un de otra manera; que compromete otro tiempo, otro espacio. Si observamos las realizaciones del sujeto urbano, en sus prácticas, rituales y lenguajes, nos damos cuenta que sus constituciones simbólicas se conciben en tanto estos accionares, devienen en construcciones inter-subjetivas y vivenciales. Así, la mirada transforma el acontecimiento de poética del imaginario, como creación de realidad; el habla como expresión de una mitología urbana y la mitología como un habla reveladora; el andar en des-andar, como discontinuidad, como impulso de una trashumancia en sueños, en saltos, en intuiciones.

Esta *mirada-imaginario, hablar-mito-lógico, andar-desandar*, inherente a las relaciones entre los hombres, a las prácticas y rituales originales y al acontecimiento, se pone a distancia, crea un otro espacio-tiempo desprendido de lo inmediatamente acaecido como interrupción de lo instalado e interviene como fuerza de un conocimiento en devenir y contrario a lo establecido o circular.

La "*mirada-imaginario*": como ojo panóptico que mira desde lo profundo, mental y espiritual que deviene en imágenes, textos y significados, como extensión de las

presentaciones es inmanente a la creación y está en la yuxtaposición de nuestras elaboraciones simbólicas propias con las realidades, producto de los orígenes colectivos. Es la posibilidad de dialogar a través de nuestras creencias e innovaciones, como construcción de otros mundos relativos a partir de los cuales podemos discutir con otros mundos absolutos. Desde los imaginarios y desde lo cotidiano el acontecimiento se ve transformado, ahora ronda en nosotros discutiendo sus realidades, su tiempo único y su espacio concreto, es una aventura del ser interior que lo lleva a moldear las inquietudes del alma. Todo tiene que ver con la mirada, que ya no es exterior, tampoco encuentro cara a cara, sino con una proyección acá, del mundo, ahora imaginario, que funda y deviene en las declaraciones de la imagen. De teatralidad fáctica a teatralidad subjetiva, que en el fondo tiene que ver con la forma de vivir y con las ganas de vivir. Diríamos entonces que el imaginario es una fuerza, de las fuerzas de la imagen, capaz de abrir un agujero en el mundo real por donde se disemina, se escapa, sin dejar de ser lo que es.

En este otro tiempo, otro espacio, evocado como trans-encuentro, se traspasa la presentación, la presencia, la continuidad, estas naturalezas propias del acontecimiento, ya atravesadas, ya dislocadas, en tanto pasan a las discursos y voces urbanas, inauguran este "*habla-mito-lógica*" y como tal, es una invención nuestra, una manera incontrolable de interrumpir la realidad. Habla repetida de creaciones, de génesis cotidianos, de mundos conversos; habla que proviene de nuestros saberes, de nuestros tránsitos, de nuestros credos; ahora sus espacios sagrados son la calle, lo corriente, donde hay lugar para las voces anónimas, voces que no hablan de deidades, ni de principios universales, ni de relatos ancestrales, sino de la manera como los hombres se ligan a las naturalezas urbanas y cómo las naturalezas urbanas se ligan a los hombres. Tampoco necesitara siglos para revelar su sabiduría y su interioridad histórica, porque su espacio temporal siempre será lo cotidiano, pues sabe que lo que vive tan

intensamente comunica lo común, en el fondo esta habla-mito-lógica es revelación de los lenguajes populares, de las creencias, normas y conductas habituales; es con lo que se comulga en la calle, es donde el tiempo se hace espacio.

Estas fuerzas que se producen fuera de los límites visibles de las prácticas cotidianas, no se refieren a las construcciones retóricas del caminar, sino a las operaciones inducidas en la interioridad antropológica, poética, mítica, del individuo, en correspondencia, en transmigración. Este “*andar-desandar*” que proponemos, contiene la subjetividad en auto-relación, es un transcurrir que no está vivido en un espacio-tiempo consciente y normalizado, porque aunque lo atraviesa es precisamente atravesado en un viaje instintivo. Ya no es transitar en creencia, ni en memoria, ni en historia o relato; es alucinación: este mundo mío que sobreviene creación-especulación, no encierra; ni se encierra, la libertad de visionar tiene la calidad de volver invisible lo visible o también visible lo invisible. ¿Acaso la intuición, por ejemplo, no nos regala un adelanto del acontecimiento? De la misma manera, este *andar-desandar*, negocia con la realidad su duración, en viaje interior, en sueño. Jamás será capaz de la estrategia o la ordenación en él, pues su constitución está precisamente en la constitución de lo auto-imaginado, diríamos también transitar en *de-otra-manera*.

2.3 TENSIONES CONTEMPORÁNEAS EN LA VIDA COTIDIANA

Las sociedades de hoy, en especial las urbanas, cada vez se ven más expuestas a fenómenos distintivos y oportunistas. Un ejemplo de ello es la *velocidad* que es resultado de las producciones mediáticas, comerciales y globales que dejan en sus estelas ritmos crueles de vida y pérdida de ánimos y receptividades, es una especialización funcional, donde se trata cada vez más de sustituir el tiempo

importante del individuo por necesidades creadas por lo inmediato. Estas resistencias contrarias a las voluntades de lo humano, separan más las libertades y órdenes autónomas de existencia, llevándonos a obligaciones donde las gentes se ven más apuradas, angustiadas, cansadas, inseguras y afectadas por las enfermedades contemporáneas relacionadas con el vértigo y la tensión. Así que cada día hay menos conciencia de mirar, de respirar, de ausentarse. En consecuencia se va instalando poco a poco la incapacidad e indiferencia para detenerse a vivir los significados, a sentir las reflexiones estéticas, a soñar en las creencias, pues estas operaciones sensibles están siendo desplazadas por la manipulación de la información, por las mercancías artificiales y modernas que se renuevan con actualizaciones desproporcionadas, por las tecnológicas productivas, por los poderes de consumo, con lo cual se ha terminado sacrificando las prácticas de construir, por las de adquirir.

Las personas como las ciudades se han visto abocadas a funcionalizar su vida cotidiana, fragmentándola en especializaciones espacio-temporales que le permiten cumplir específicamente con sus actividades cada día más básicas y prácticas. Las ciudades entre más crecen, más se parcializan creando zonas singulares y vidas en función de estas; un ejemplo de esto son la separación de territorios, la localización comercial de los mercados, la planificación urbanística, la organización del espacio público, las estrategias de movilidad, etc. Estos modelos operacionales y segmentarios, son impuestos como fórmulas de especialización del espacio, de ahí que este ambiente urbano tipificado tiene el problema de no ser vivido en el sentido fenomenológico del concepto, pues no hay aprehensión del acontecimiento, ni conciencia de la mirada, porque no se permanece, en el lugar, con ninguna propiedad; entonces es fácil entender que estas situaciones no permitan las relaciones entre los hombres, en cambio fortalecen las separaciones convirtiéndonos en parte de las polarizaciones del espacio.

El tiempo también es racionalizado y vivido aceleradamente, pues a un espacio fraccionado le corresponde un tiempo violento. El sentimiento de no tener tiempo para las tareas íntimas, está justificado en el consumo exagerado y desproporcionado de la oferta de productos materiales y a-culturales que ofrece nuestra época. Es por eso que cada vez nos parecen más cortos los días, los meses, los años, porque los tiempos también se dividen cada vez más en secuencias especializadas. Esta optimización del tiempo nos conduce a no saber aprovechar los intersticios que nos brinda la vida y a lo único que nos remite, es a la obsesión de querer rellenar nuestros tiempos quietos con las angustias propias de la incapacidad de vivirlos.

La problemática del tiempo resuena tanto en nuestra vida, que nos quejamos de estresada, agitada y sin embargo al mismo tiempo encontramos dificultad para desacelerar los ritmos, no solo de los tiempos que trascienden rápido, sino también de los tiempos que nos roba la vida. Por tanto es aquí donde la importancia del relato, los imaginarios, el des-andar, el encuentro, actúan como reverso y resistencia al carácter veloz y secuencial de las imágenes de consumo, a la continuidad interminable de la información y a la imposibilidad de una práctica viva y mítica de la ciudad.

Además, dos tensiones alejan al individuo de estas *otras-prácticas*, una, las alienaciones propias no solamente de nuestras libertades, también de nuestras intimidades, que inclusive se expresan en la inhabilidad para aprovechar el tiempo y, dos, la búsqueda de unidad sustentados en los paradigmas que unifican al mundo. En este caso tanto las problemáticas de la velocidad, como las del consumo son materiales cotidianos que operan a espaldas de lo humano.

En la vida cotidiana existe un mundo de objetos, servicios y prácticas que atrapan la atención y la voluntad del hombre, que una vez hipnotizado por los espectáculos de las imágenes complacientes, tiende a su atomización, a constituirse en partícula de un público aprovechado por las organizaciones de uso y a caer en la dependencia a lo extraño de su propia capacidad de producir. Así el consumo se instala como una fuerza con mayor poder que la voluntad de metaforizar, reflexionar o soñar la vida. Parece ser que al practicante urbano le queda cada día más difícil firmar sobre su espacio-tiempo y su obligación impuesta ha llegado a tal punto, que actúa solamente como un simple consumidor de mercancías de moda.

No olvidemos que, cuanto más se pluralizan los hechizos de la instalación y se logra el dominio de los públicos, más se generalizan los deseos y la frustración como tensión de la imposibilidad de acceder a las desmedidas ofertas y demandas del mercado. Esta abundancia prolífica de mercancías junto con la multiplicación desbordada de oportunidades para elegir, más la aparición efímera de objetos y servicios ó la rápida desactualización de las tecnologías y la información, han logrado dislocar del ser un más-acá de consumo simbólico, porque esta aprehensión del mundo ha sido remitida al producto exterior, ya simbolizado estratégicamente. Así en tanto los géneros mercantilistas y globalizantes colonizan las fuerzas de lo cotidiano y del ser, las relaciones como individuo y las prácticas y rituales, propios de la vida, cada vez son más difusos.

Hay que sumar a todo esto las desbordadas arremetidas de las nuevas tecnologías que traen sobre sí, como inclusión, la estrategia de instalar sobre el mundo y sobre la vida, la vertiginosa esencia de lo transitorio: todo lo que aparece, inmediatamente desaparece o todo lo nuevo inmediatamente, es obsoleto. Esa es la naturaleza de la velocidad que desplaza los espacios ganados en el tiempo, por

la condición propia del ser humano y que se constituyen en resquicios para dialogar consigo mismo y con el tiempo.

Las tecnologías, como la información, ahora son materiales de la velocidad, que van logrando crear otra sensibilidad sobre las nuevas generaciones dejando olvidados los estímulos de enseñanzas anteriores, así que a estas grandezas operativas reales les interesa los consumidores prácticos. Por lo tanto la cotidianidad de estos nuevos individuos, discípulos de la actualidad mediática que responden únicamente a estas formas de comunicación y construcción social es aprovechada por la fábrica del consumo de las relaciones artificiales, que cada día más logran desplazar esas construcciones inmediatas que unen a los hombres, como sus creaciones, sus manifestaciones, sus saberes, sus herencias, con órdenes presupuestadas tácitamente por lo tecnológico. Entonces la gente ha caído en otros ritmos para sus misiones, no solamente han caído en los desesperos existenciales, sino también en la concurrencia de su interior al comercio del vértigo y la meta-actualización, algo parecido a un alboroto en el alma.

Mientras la velocidad como las tecnologías buscan reducir las distancias, paradójicamente más se crea la separación con el otro. Lo que podríamos llamar las *prácticas lentas*: aquello que nos permite acercarnos a través de las relaciones a las sensibilidades del otro, ha sido cambiado por *la movilidad mecánica*: un mundo que vive en tránsito, en precipitación. Esto nos ha llevado a desestimar los tiempos esenciales, a perder las ocasiones de vivir los tiempos originales con los nuestros y con el otro.

Aun así, las sociedades tienen la posibilidad de subvertir desde adentro estas fuerzas de seducción e imposición. Frente a lo que prácticamente es imposible transformar o rechazar como las inclusiones del hoy, sería necesario actuar a través de “*maneras de usos*” diferentes, como estrategias de resistencia a los modos de neo-colonización de los poderes preparados, llámense políticos, industriales, mediáticos o mercantiles y defender nuestros preceptos, costumbres y certidumbres como recursos de permanencia. Se trata precisamente de proponer un des-andar a las ordenes organizadas, lo que quiere decir transitar este mundo, en otra inscripción como práctica del desvío, aquello que da lugar a tener la suficiente libertad para mirar este mundo y encontrar su naturalidad o la suficiente oportunidad, para mirar al otro y encontrar su humanidad o la suficiente capacidad, para mirar el afuera y encontrar su singularidad.

3. DISCONTINUIDAD E IMAGEN

3.1 FENOMENOLOGÍA DE LA IMAGEN

Lo que se aparece, objeto-mirada, asimismo se deja ver, lo hace en imagen, esa es su influencia; la manera como se nos aparece o la manera como recibimos ese aparecer, tienen que ver con la realidad y esa es su referencia, por estar subordinada a la percepción y representación; de ahí las realidades.

Lo que se presenta es la imagen no la cosa, sin embargo la imagen y la cosa se contienen a sí mismas, la imagen como desprendimiento de la cosa, como lo visible de esta, mas la cosa separada de la imagen, sería lo que aún no sabemos de ella misma: su materia, su esencia, su más acá. La operación entre la cosa observada y la imaginación de la cosa, está resuelta en un espacio-tiempo, en esa distancia entre la cosa y la mirada hay imagen y es esta la que consciente que lo que ella constituye exista en presencia.

El aparecer de la cosa no solamente tiene que ver con el aparecer, sino como un acto que es elaborado por la parte consciente del individuo, que ve una autentica verdad en lo que ella experimenta: la imaginación de lo aparecido, donde opera lo inconfundible, lo propio, no como una verdad absoluta, más bien como una verdad del espíritu, por tanto el aparecer expuesto a las realidades, so pena de haber una realidad de la cosa.

Podríamos entender en la fenomenología de Derrida que lo que se describe cuando la cosa se aparece es la imagen, lo mismo, no se describe la cosa en su esencia, aquí la distinción: lo que se describe es lo que yo concibo de la cosa cuando se aparece. La descripción despega la relación forma y esencia en la misma cosa, igualmente logra definir la expresión de la cosa mas no su contenido. Solamente cuando reconocemos tal descripción, “él para mí”, diríamos, logra la imagen.

Quando describo el fenómeno, no describo la cosa en sí misma, por así decirlo, más allá de su aparecer, sino su aparecer para mí, tal y como se me aparece ¿con que me las tengo que ver en tanto en cuanto la cosa se me aparece? Se trata de una operación muy delicada, pues resulta muy difícil disociar la realidad de la cosa del aparecer de esa cosa. Una cosa se me aparece, la cosa es apareciente, el fenomenólogo describirá, mediante una operación de reducción esa capa de aparecer, es decir, no la cosa [percibida], sino el ser-percibido de la cosa, la percepción, no lo imaginado, sino la imaginación de la cosa, dicho de otro modo, el fenómeno para mí; de allí el vínculo de la fenomenología con la conciencia, con el ego, “él para mí de la cosa.”²

En la fenomenología de Levinas, El aparecer de la cosa toma forma en el momento en que el objeto es sustituido por la imagen. Este aparecer se hace realidad en un espíritu que a su vez representa ese aparecer, si hablamos de la imagen y la cosa en su distancia, la cosa solamente es percibida y fundada por lo que ella representa, pero esta representación que ha logrado resolver esta distancia en imagen, paradójicamente, es lo que deja al objeto todavía en su lejanía, despegado de su apariencia, en su inteligibilidad.

La fenomenología de la imagen insiste en la transparencia. La intención de quien contempla la imagen iría directamente a través de la imagen, como a través de una ventana, al mundo que ella representa, pero apuntaría a un objeto. Nada por lo demás más misterioso que este

² DERRIDA, Jaques. ¡Palabra!: Instantáneas filosóficas. Madrid: Trotta S.A., 2001. p 58.

término “mundo que ella representa”, ya que la representación no expresa precisamente más que la función de la imagen que aún queda por determinar.

Teoría de la transparencia establecida por reacción contra la de la imagen mental – cuadro interior- que dejaría en nosotros la percepción del objeto. Nuestra mirada en la imaginación va, pues, siempre hacia fuera, pero la imaginación modifica o neutraliza esta mirada: el mundo real aparece en cierta medida entre paréntesis o entre comillas.³

En Derrida, la representación de lo aparecido es el ser-percibido de la cosa, no la cosa percibida, un antes y un después de la cosa, un antes en su percepción y un después en su imaginación, interrupción de la correspondencia, de la concepción inaugural. En Levinas, la representación sale de un objeto sustituido por imagen, la imagen como lo que nos deja ver del objeto, más el objeto captado, comprendido, como percepción, es puesto en espera por una mirada interior elaborada por la imaginación suspendida en el afuera.

Blanchot, hace alusión a la imagen como un movimiento propio del objeto, pero no un movimiento como desplazamiento, sino un movimiento único como aparecimiento, donde el objeto se aleja y al mismo tiempo se presenta, es así como lo aprehendemos, en imagen, como un desprendimiento penetrante; este movimiento hecho imagen, no separa al objeto como algo distinto a su imagen, su imagen pasa a ser, precisamente, la separación del objeto separado. La imagen es propuesta como algo del objeto mientras el objeto regresa para ser objeto, en tanto guarda a su cargo la verdad en su retirada mientras imagen en su surgimiento.

La imagen, según el análisis común, esta después del objeto: es su continuación; primero vemos, luego imaginamos. Después del objeto vendría la imagen. “después” significa que primero es necesario que la

³ LEVINAS, Emanuel. La realidad y su sombra. Madrid: Trotta S.A., 2001. p.51

cosa se aleje para que podamos captarla. Pero este alejamiento no es el simple cambio de lugar de un móvil que, no obstante, seguirá siendo el mismo. El alejamiento está aquí en el corazón de la cosa. La cosa estaba allí, y la captamos en el movimiento vivo de una acción comprensiva; pero convertida en imagen, instantáneamente se transforma en lo inasible, lo inactual, lo impasible, no la misma cosa alejada, sino esta cosa como alejamiento, lo presente en su ausencia, lo aprehensible porque inasible, apareciendo en tanto desaparecida, el retorno de lo que no regresa, el corazón extraño de la lejanía como vida y corazón único de la cosa. En la imagen, el objeto rosa de nuevo algo que había dominado para ser objeto, contra el que se había edificado y definido, pero ahora que su valor, su significado, están suspendidos, ahora que el mundo lo abandona a la inacción y lo aparta, la verdad retrocede en él, lo elemental lo reivindica, empobrecimiento y enriquecimiento que lo consagran como imagen.⁴

Tanto el objeto como la imagen son tratados bajo sus propios dominios, sin embargo en el aparecer la imagen transforma la acción aprehensiva del objeto, no el objeto en sí, sino este movimiento del objeto, que pasa a ser, por la imagen, interrupción en su concepto, en su comprensión.

Esta relación de la imagen con el objeto en su mismidad, se expresa en la capacidad de la imagen de contarse por sí misma, como correspondencia con su objeto, no admite una discriminación entre imagen y objeto o como entidades independientes, sino como una realidad del objeto, sin perderse de este, sin perder su concordancia, sin perder su semejanza: objeto e imagen en ella misma, en la cosa misma. Así lo propone Levinas:

El ser no es solamente él-mismo, se escapa. He aquí una persona que es lo que es; pero no hace olvidar, no absorbe, no cubre enteramente los objetos que tiene en mano y la manera en que los tiene, sus gestos, sus miembros, su mirada, su pensamiento, su piel, que escapan debajo de la identidad de su substancia, incapaz, como un saco agujereado de contenerlos. Y es así como la persona lleva su cara, al lado de su ser con el cual coincide, su propia caricatura, su pintoresquismo. Lo

⁴ BLANCHOT, Maurice. El espacio literario. Barcelona: Paidós, 1992. p.244

pintoresco siempre levemente caricaturesco. He aquí una cosa familiar, cotidiana, perfectamente adaptada a la mano que está acostumbrada ella, pero sus cualidades, su color, su forma, su posición quedan a la vez como detrás de su ser, como “guiñapos” de un alma que se ha retirado de esa cosa, como una “naturaleza muerta”. Y, sin embargo, todo ello es la persona, es la cosa. Hay, pues, en esa persona, en esta cosa una dualidad, una dualidad en su ser. Es lo que es y es extranjera a sí-misma y hay una relación entre estos dos momentos. Diéremos que la cosa es ella-misma y es su imagen. Y que esta relación entre la cosa y su imagen es la semejanza.⁵

Podemos entender, entonces, que la percepción, los fenómenos, lo apareciente, corresponden a la imagen, luego a las interpretaciones que expresan precisamente la función de la imagen, esta es específica al objeto, sin embargo la representación sería lo que quedaría por formalizar, ya que son estas operaciones del espíritu las que nos acercan a los significados de lo apareciente en tanto aprehendido.

En Levinas, Derrida, Blanchot, principalmente, consideramos encuentros y coincidencias en relación a pensar “la 19” en imagen, en descubrir en el sentido fenomenológico del aparecer todo lo que el mismo fenómeno puede decir o propender a declarar y en los posibles modos de percepción y conocimiento producto del ver o darse cuenta de algo, ya que el “*ver*” en la fenomenología quiere decir “*ver*” también con los demás sentidos, así que no se puede desconocer “*ver*” con las manos, con la carne, con el corazón, con la imaginación, con la experiencia. De esta manera las manifestaciones vistas en la investigación de campo convienen de alguna forma con las impresiones teóricas de los autores enunciados, cuando las revelaciones fácticas de “la 19” nos muestran fenómenos como la manipulación de la imagen que son exenciones habituales y efectivas de la propia cotidianidad, donde el cuerpo, el rostro y el nombre mismo son

⁵ LEVINAS, Emanuel. Óp. Cit. Pág. 52.

supeditados a la acción de aparecer-desaparecer, a la estrategia de la ausencia como presencia, a la función de la apariencia y al comercio de la imagen.

3.2 CORRESPONDENCIAS MIRADA-IMAGEN-ETNOGRAFÍA

El arte y el análisis fenomenológico que motiva esta investigación es el de cuestionar las enunciaciones de la imagen, especialmente la imagen cotidiana, la imagen de una experiencia en particular, la imagen apareciente; así que después de ser afectados por los fenómenos de “la 19”, de la obsesión misma por la vida en esta zona, es cuando surgen interrogantes sobre las estéticas urbanas, las culturas del bajo mundo y la imagen como presentación y representación de los fenómenos y el acontecimiento en estos espacios creados. La respuesta estaría en la insistencia del investigador-creador por ir más allá del ánimo de hacer una simple recreación de lo visible. La imagen sobrelleva la posibilidad de hacer interpretaciones, reconocimientos, especulaciones, para así, en este caso, repensar las posibles realidades de “la 19” y entenderla como expresión inmanente. No se trata de hacer descripciones axiomáticas, comparativas o demostrables; se trata, mas bien, de una reflexión estética, de asumir una manera de entrometerse, de responderse, de abrir interrogantes, de decir verdades, de buscar en el arte los espacios, los lenguajes y los medios para recoger tales pretensiones.

El arte emplea formas de representación, ya sea de naturaleza descriptiva, abstracta o simbólica. Cuando desarrollamos este ejercicio estético ocurre que al dibujar o representar un objeto que nos sirve de modelo, lo que hacemos es dibujar lo que conocemos o la idea que de este tenemos, Si esto es así, lo que experimentamos frente a una imagen permeada por conceptos y preceptos de

carácter social, cultural o religioso, es afirmar la existencia de una realidad externa a través del filtro de nuestras interpretaciones, creando así, otros textos que trascienden la experiencia objetiva, que si bien se funda en lo particular, bajo ningún modo dejara de ser universal, buscando que el espectador vuelva a experimentar otras conciencias o lecturas a través del enfrentamiento con esta otra conformidad.

El arte representa la realidad, sus efectos producen sensaciones y reacciones en el receptor. En este sentido acudimos al fenómeno de los fenómenos, lo que el arte hace en la creación es extender la experiencia sensorial en una exégesis propia, la cual de manera estética, formal o simbólica presenta y representa una realidad obrada, revelando, de todas maneras, la esencia de su propia existencia. Así que lo que nos plantea la representación de las cosas sensibles son los fenómenos elaborados por actos intuitivos que trasciende a lo aparente, logrando que el acto creativo se discuta en las integridades.

También comunica lo profundo o lo inmediato, lo invisible en lo visible, lo consciente e inconsciente, los lenguajes originados en la sensación, la intuición, la reflexión, las experiencias y las prácticas. De algún modo el artista capta lo ininteligible, lo intangible y lo revela al mundo, no como luz, si no como el misterio intrínseco de una oscuridad que se vuelve verdad o como la problematización de una obsesión que se vuelve expresión.

¿Pero porque el artista ve lo que la mirada corriente no hace?, es precisamente aquí donde podemos justificar este ser-artista abierto al mundo, como ser sensible capaz de absorber hasta el éter de lo más simple, es por eso que se ha insistido en el artista como visionario, como oráculo, pero lo que en realidad hace

es penetrar en los intrínsecos de las cosas, logrando que las imágenes que produce den cuenta de estos sustantivos. De este modo tanto para el etnógrafo como para el artista, el mirar se convierte en el instrumento sensible para el registro y la comprensión. El oficio de mirar busca los significados a distancia, cuando a nivel interior y excepcional se producen efectos reveladores que tiene que ver con permear lo aparecido superando el acto rutinario de ceguera acostumbrada, en cambio es descubrir mundos, sentidos y posibilidades en la misma experiencia y ser compartidos mediante operaciones inteligibles de la conciencia para contrastar múltiples verdades.

Un silencio de la mirada significa atrapar, procesar, interpretar, vivir a fondo lo mirado y necesita de tiempo, pues su condición es penetrarlo todo. El etnógrafo comparte con la mirada el interés por el otro, sus textos y contextos, el artista además de esto escucha el interior de su inquietud para buscar lo diferente, los otros o nuevos significados y la creación de la imagen. En la experiencia de dirigirnos al otro, así sea con la mirada, aun estando a distancia, cuando el principio es el de entrar en su mundo para comprenderlo, alcanzarlo, el propio mundo del etnógrafo como el del artista estará abierto para ser transformado permitiendo la capacidad de hablar desde adentro de los fenómenos en representaciones y pensamientos producto de los diálogos con sus encuentros. Así que las reflexiones del observador se formalizan en las significaciones de la creación.

Ver y ser vistos organiza una nueva realidad del interior, mirar la mirada que mira también es un pronunciamiento inevitable en la práctica sensible de la percepción, después de esto ni el uno, ni el otro serán los mismos.

3.3 ETNOGRAFIA DE LA IMAGEN: ABSTRACCIONES PRÁCTICAS

En la idea de una “etnografía de la imagen” se identifica en principio dos conceptos que la distinguen y la conforman. Primero, la etnografía en términos generales es el estudio descriptivo (“graphos”) de la cultura (“ethnos”) de una comunidad, o de alguno de sus aspectos fundamentales. Que como resultado de la acción etnográfica, estamos en circunstancias de conocer la identidad propia de una comunidad y comprender sus construcciones culturales como un “todo interior de prácticas”. Segundo, los presupuestos de la imagen anteriormente explicados, en el aparte “FENOMENOLOGIA DE LA IMAGEN”, se fundamentan en los conceptos que la fenomenología de ello nos enseña según los procesos físicos de lo aparente, pero esta idea de la imagen como argumento de la etnografía no puede dejar de lado la preocupación por las formas de percibir, donde la génesis de la imagen y los imaginarios no se pueden desvincular de lo psico-social, Lo social y lo cultural.

La característica de este tipo de estudio se centra en la propuesta de prácticas investigativas experimentales, tomando la etnografía y la imagen como medios para la producción de textos visuales, plásticos, artísticos o literarios. El objeto de la investigación necesariamente tiene relación con la imagen social, cultural y luego con la imagen crítica de la reflexión estética y la investigación-creación. La imagen puede ser al mismo tiempo develación de los fenómenos en su manera más simple de presentación, pero también puede ser la distracción de los contenidos más profundos de la verdad del objeto. Al proponer una etnografía de la imagen, lo que intentamos es aprovechar esta doble intención de la imagen - sea en su más acá o en su más allá del objeto - para acceder a la arquitectura cultural de una zona, de una comunidad en particular como “la 19” y configurar una verdad a través del registro de las naturalezas propias del lugar donde

sucedan los fenómenos a estudiar. Una etnografía de la imagen necesariamente debe tener una perspectiva íntima en y desde la cultura estudiada que sería la “válida” por ser la misma perspectiva de la comunidad y no una representación “válida” sugerida por una elaboración conducente, de lo contrario se corre el peligro de proponer una fenomenología como una metodología manipulada para establecer taxonomías o demostrar teorías. Este estudio pretende vivir las imágenes de “la 19” a través de las formas de vivir de aquellos que crean dicho espacio.

Ya en el campo de la investigación se explican las formas de acercamiento al objeto de estudio. Nos hemos anticipado al texto etnográfico con discursos sobre la memoria, la cotidianidad y la imagen, para constituir los sustentos de esta práctica investigativa, debido a que la zona escogida y el tema planteado siempre ha sido, de alguna manera, parte de nuestras vidas, por lo tanto el producto de esta causa tendrá la resonancia entre las tres primeras personas de la conjugación de los verbos y los procesos de acercamiento etnográfico. En estas aproximaciones al “otro” se escuchará el “yo” donde está expuesta nuestra experiencia sensible frente a los espacios de “la 19” y sus manifestaciones fácticas, de ahí la importancia de la memoria y las relaciones cotidianas contextuales a las manifestaciones de la zona. Estas condiciones se relacionan ante todo con la subjetividad, la sensibilidad y el conocimiento del investigador. El “tú”, tiene que ver con las sentencias y las naturalezas expresadas en imagen por los actores que tradicionalmente o regularmente actúan en los espacio-tiempo que nos interesan. Entonces estas características corresponden con la intersubjetividad de la comunidad que corrientemente se manifiesta en este espacio. Por último, nos centraremos en “ellos”, “ellas”, pues tiene que ver con lo que nos han contado, como suerte de los imaginarios, de tal manera que es posible interactuar entre las dos primeras voces y las informaciones anticipadas o

posteriores de terceros. La posibilidad se traduce en transubjetividad como devenir de los espacios y declaraciones de la zona estudiada.

La posibilidad de una etnografía de la imagen, se constituye en que la imagen no solamente es una imagen, en este caso, sino causa y consecuencia, a la vez, que tiene que ver con el objeto de observación para descubrir y conocer las dinámicas culturales, las formas de identidad y los valores del espacio sensible que les corresponden a dichas comunidades. Sería oportuno destacar que existe una relación muy fuerte entre percepción visual, memoria-imagen e imaginarios, de tal manera que cualquier fenómeno visual abre conciencias con el recuerdo, los sentimientos, las sensaciones, las reflexiones y las creencias, asociados a las representaciones de las personas, a las comprensiones de los espacios y las interpretaciones de sus historias.

4. “LA 19”, UNA ETNOGRAFÍA DE LA IMAGEN

4.1 APROXIMACIONES ETNOGRÁFICAS

¿Por qué hablar de “la 19”? y ¿de qué manera?, se propone entonces enfrentar los lenguajes de la imagen como medio para el estudio del “ethnos” de la zona de tolerancia de la ciudad de Pasto. La exigencia de la investigación es no caer en la obviedad de hablar de prostitución, desde ya se advierte que no se pretende esencializar, ni problematizar el conflicto del comercio sexual y la anécdota alrededor de su complejidad social. El interés se encamina a develar los fenómenos presentes y ocultos como creaciones culturales, sociales y simbólicas de un territorio marginal y urbano que históricamente ha sido señalado, pero que por sobremanera sus construcciones fundamentales se manifiestan y expresan a través de sus apariciones fenomenológicas, lenguajes locales, prácticas y rituales.

La idea de hablar sobre “la 19” a través de la imagen, nace en un seminario de la maestría en etnoliteratura, cuando Bruno Mazzoldi a manera descostruccionista, se refiere sobre *la manipulación de la imagen* apoyado en el relato de Giges y los textos de Emanuel Levinas: “De Otro Modo Que Ser o Mas Allá de la Esencia” y “La Realidad y Su Sombra”. Recordamos conceptos como: aparecer-desaparecer, el psiquismo de la imagen, la transparencia de la imagen, semejanza e imagen, imagen y no concepto, ausencia como presencia. Así que se encontró en los discursos de la imagen la oportunidad para hablar, de la imagen misma, de la otra mirada y la percepción de las realidades antes o después de la imagen, entendiendo que sería más justo para la investigación y para el objeto de estudio ir más allá de los prejuicios, el estigma y lo obvio.

El sentido de pertenencia sobre el tema se declara en la experiencia y el conocimiento que el tiempo y las vivencias nos facultan. Nacimos a tres o cuatro cuadras de la zona destinada al trabajo de campo, en diferentes generaciones, de ahí la importancia de revisar los fenómenos de “la 19” a través de los tiempos, saberes y sensibilidades de cada uno de los investigadores. De tal modo que la recolección de datos empieza con la memoria que hace eficaz su recurrencia como capacidad honesta de la experiencia, los relatos y los significados de la imagen. La memoria se traduce también en una condición emica natural, quiere decir que por haber vivido en los bordes de “la 19” tenemos una percepción desde adentro, desde sus propias construcciones, desde las mentalidades aprendidas y sentidas.

Además se ha adoptado técnicas de acercamiento etnográficas, como la *observación no participante*, algunas veces por la dificultad de acceder a su intimidad cotidiana por ser grupos muy cerrados, pues para ellos es fundamental sostener su identidad y posición en ocultación como sentido de preservación y otras, porque sus comportamientos y prácticas son susceptibles de ser consideradas como ilícitas o delictivas y solamente pueden ser reflexionadas a distancia. Pero también por la necesidad de actuar, muchas veces, de manera claramente neutra. Estas luchas de observación han sido apoyadas por estudios interpretativos de lo cotidiano y las construcciones de sus realidades simbólicas.

El desarrollo de estas técnicas etnográficas específicas, están ayudadas de métodos de registro e información como: el saber de los investigadores sobre la zona, reafirmadas en la vecindad, las vivencias objetivas y subjetivas, las notas de campo y con mayor dificultad, por ser prohibido por la comunidad, la fotografía y las grabaciones audiovisuales. Estas restricciones de registro están súper-

editadas a los reclamos de asuntos reservados y auto-conservación de la identidad en el trabajo clandestino.

Los fenómenos de “la 19” suelen aparecer de muchas formas, llegar a ellos es de alguna complejidad, de tal manera que la combinación de algunas técnicas etnográficas para esta investigación, además de la ya propuesta, con procedimientos empíricos y experimentales, son necesarios para acercarnos a manifestaciones o procesos sociales, culturales y sus contextos. La percepción de eventos, conductas, situaciones y desarrollos cognitivos (empíricos, intelectivos, mnemónicos, imaginativos) han sido vividos a través del tiempo en estrecha relación con la zona y dieron lugar a un registro determinado que hoy puede transformarse en material textual. Estos contenidos experienciales actúan como mecanismos representacionales donde la piel de los investigadores está atravesada desde adentro. Pero también ha sido necesario poner distancias a algunas realidades y declaraciones de la zona con el fin de no entorpecer los momentos de presentación de los fenómenos y poder reflexionar desde afuera, porque algunas verdades exigen ser miradas y analizadas con profundidad, pero pasando por inadvertidos al mismo tiempo. Algunas expresiones que se vuelven traslucidas, casi imperceptibles que se mueven como lo inherente de cada ser y que se escapa de su propia retención, como las formas de comunicación gestual: comportamientos cinésicas del cuerpo (gestos, posturas, contactos físicos, expresión facial, movimientos del cuerpo), del para-lenguaje (sonidos gestuales, silencios, balbuceos, provocaciones) y de las relaciones del sujeto con el objeto y su espacio contextual. La oportunidad de organizar estos principios nos permiten proponer una interpretación de la realidad como interrupción de lo absoluto y/o como vehículo para acercarnos al otro, para hacer justicia con el otro, no como una contemplación moral sino como reconocimiento de sus legitimidades cotidianas.

Hacer una etnografía de la imagen quiere decir, que no solamente es una experiencia que estudia y habla del conocimiento cultural de una comunidad, sino que plantea la reflexión a fenómenos auténticos ocultos, a mentalidades generales, a imaginarios colectivos instalados y a una cotidianidad acostumbrada por las rutinas develado en imagen. Pretexto también para descubrir lo que guarda el objeto sin imagen, antes o después de su exposición, en su propiedad. Estos discursos incorporan la representación, el valor de la subjetividad y la experiencia estética. La trascendencia de la imagen, en esta propuesta investigativa, expone dos consecuencias: deja ver la cosa en su llegada y luego deja un interrogante sobre su explicación. Si bien la imagen nos devela los fenómenos en su advenimiento, lo que queda como substancia atrás de la imagen es posible averiguarlo en el entretiem po de la misma presentación, así que lo que queda es la aparición de la cosa y la cosa separada de su aparición.

Y entre imagen y etnografía una intención-proyecto en dos tiempos: un discurso registro-reflexiones y un texto interpretación-creación. Lo que los une es su condición fenomenológica, como la sensibilidad estética que libera al investigador de las preocupaciones científicas de estudio y da importancia a las experiencias sensoriales, las peculiaridades de la memoria, las fantasías y sueños del observador y el observado. En hora buena el giro etnográfico en el arte abre el campo dialógico como medio de conversación con la alteridad, sin pretensiones de verdad, pero con el valor de la reflexibilidad y la transvaloración.

4.2 CARTOGRAFÍAS DE APRENSIÓN

“La19”, también es conocida como la *mocha* o el *churo*, aunque en realidad cada nombre corresponde a una parte o calle de esta zona de tolerancia, sin embargo

han sido las mentalidades en el tiempo las que han asentado la idea de identificarla con cualquiera de estos nombres. Su contorno está dibujado, entre las carreras diecinueve a la veintiuna y entre las calles dieciocho a la veinte, como imagen popular, con algunas extensiones hacia sus lados a manera de prolongaciones. Su ambiente está contextualizado por hoteles, residencias, bares, cantinas, cafeterías, restaurantes, graneros, ferreterías, bancos, iglesias, como los espacios más influyentes del sector. Su importancia histórica fue creada desde el principio, porque este punto se encontraba muy cercano a la confluencia de caminos indígenas, esto hace que sea un paso obligado desde el centro de la ciudad a otras poblaciones.

En 1940, la ciudad crea un nuevo eje de movilidad vial, la que hoy conocemos como calle dieciocho será la calle por donde ingresa la carretera al sur. En esta misma parte se encuentra construida la plaza de mercado, la cual acentúa la importancia del lugar. A los alrededores de este asiento se abren restaurantes, hoteles y fondas, pero también nacen las cantinas y chicherías, lo cual impulsa una desafortunada transformación del sector, dando origen a la mancha que como ciudad deberá soportar en sus adentros y en el tiempo. Estos escondrijos pronto darán lugar al inicio de otras actividades como la prostitución de mujeres que trabajaban en las fondas y que incide a su vez para que los hoteles se conviertan en casas de citas o en residencias que se lucraban del alquiler de piezas para esta clientela.

En 1950, al ya establecido apogeo comercial que había logrado la zona se agregaría la ubicación del terminal de transporte, este nuevo fomento, descontrola la circulación por las calles y problematiza aún más los fenómenos y actividades prohibidas en la zona. Fue por mucho tiempo un problema crítico en “la 19”, porque instituyó el desorden y la ocupación del espacio público. Una vez instalado

el terminal de transporte, la prostitución toma mayores ventajas y se posiciona en las calles, pues las oportunidades para el oficio se popularizaron y por las mismas razones las residencias y cantinas se multiplicaron. La prosperidad del sector, como la agitada vida popular, aviva un dramático entorno de perturbación y empieza a proliferar la delincuencia, así como se establecen los inquilinatos con las gentes que trabajan en el lugar desde donde son lanzados niños y niñas a la calle para sobrevivir, generando gaminismo y prostitución infantil, también nacerán las caletas y escondites propicios para el escamoteo y la huida.

El incendio del mercado en 1972 trae como efecto un profundo cambio del lugar, en principio se crea una cierta inquietud sobre lo que podría ocurrir con el ambiente del sector, porque tanto el comercio formal como las actividades de índole clandestinas dependían en gran parte de la vida del mercado, sin embargo a pesar de haber sido reubicado en el potrerillo, acompañado por los negocios que funcionaban a su alrededor como complementos comerciales, persiste la permanencia de los problemas sociales en esta zona, inclusive se aumenta la aparición de prostíbulos, bares con novedosas atenciones, prostitutas foráneas y en general se estima una trascendente degeneración del lugar. Los factores que amplifican estas secuelas son: el afincamiento y extensión del terminal de transporte, la bonanza de hoteles y cantinas, las pistas de transporte rural y la llegada de nuevos y diversos negocios.

La construcción del complejo bancario en el espacio donde antiguamente funcionaba el mercado, es el comienzo del sueño social reformador, el de la recuperación de esta zona deprimida. De alguna manera la vida y la arquitectura de este ambiente empieza a ser transformada, pero al mismo tiempo se produce una acentuada "*división social del espacio*". En el fondo el churo, la mocha, "la 19", no cambian, permanecen en su esencia, aun mas, empiezan a generar nuevos

fenómenos, como la aparición de ollas, drogadicción, travestismo, mostrando su gran capacidad de circulación de actividades ilícitas, pero con una gran diferencia a su pasado, es que las practicas callejeras de esta zona entran en una especie de abatimiento que se evidencia en el ambiente solitario de las calles, en el abandono de la zona por parte de las mujeres foráneas y en la condición miserable de las que quedan. En cambio el complejo bancario logra desplazar algunas rutinas cotidianas que antes se realizaban alrededor de esta construcción, organiza un nuevo espacio de regularidad social, que en el fondo no es más que un espacio especialista dentro de la misma zona de tolerancia, que limita y establece periferias como sub-culturas.

Otros eventos importantes en la transformación de “la 19” fueron: el definitivo desplazamiento del terminal de transporte al barrio las lunas, la impensable muerte del teatro Alcázar, la desaparición de los más importantes almacenes de abarrotes. Seguidamente la crisis depresiva de hoteles y restaurantes que se vieron obligados a cerrar dejando el ambiente más solitario y menos seguro. Todo esto lleva a la zona a caer en una depresión insuperable que la cambia totalmente: sus ambientes se vuelven más peligrosos, oscuros y tristes; se acaba la vida alegre que la caracterizaba y también muchos de los sitios de diversión que atendían hasta altas horas de la noche; surgen nuevas actividades como: la venta de bazuco, la proliferación y prostitución de travestis en las noches, la decadencia de las residencias que terminan convirtiéndose en ollas y refugios de consumidores, de aquí mismo salen las pandillas de atraco y delincuentes que materialmente se toman la zona. Así que seguramente estos fueron los tiempos más sombríos del sector en correspondencia a la muerte económica del lugar y a la desaparición de los espacios más representativos de “la 19”.

4.3 ESPACIOS NUEVOS, LUGARES Y PRÁCTICAS INAMOVIBLES

En mayo del 2001, es aprobado por el concejo municipal el plan de desarrollo: “Pasto, espacio de vida, cultura y respeto”. Aprovechando la coyuntura de ser declarado el carnaval de negros y blancos “patrimonio cultural de la nación”, se crea la necesidad de materializar dentro de la ciudad un espacio representativo del carnaval y por ser la calle diecinueve un camino obligado, en los últimos años, para el desfile magno del seis de enero, nace la idea y la oportunidad para transformar la zona de tolerancia bajo el proyecto “plaza del carnaval y la cultura” como un plan de renovación social, cultural, económica, urbanística y ambiental. Por lo menos esa era la intención del gobierno de turno. Sin entender que “la 19” nunca fue un espacio representativo del carnaval y que las problemáticas sociales no se solucionan con políticas de desplazamiento, ante todo que “la 19”, no era un *espacio* para ser decorado sino un *lugar* para ser reflexionado y re-constituido.

Increíblemente, teniendo en cuenta de donde vienen los proyectos, la plaza del carnaval se hizo realidad, lo que correspondía a unas cuatro manzanas de territorios deprimidos o más de veinte mil metros cuadrados de vergüenza histórica de la ciudad, fueron demolidas para dar lugar a la más absurda alegoría de progreso, la apología del cemento como idea de desarrollo social.

En los tiempos de construcción de la plaza del carnaval se llevaron a cabo las primeras operaciones de innovación y desplazamiento en la zona. Algunas familias que vivían en los inquilinatos del sector fueron llevados bajo un programa de reubicación social a una urbanización en las periferias extremas de la ciudad, donde hoy se sienten abandonados, arrinconados, con dificultades para acceder a la ciudad. De tal manera que sus vidas fueron cambiadas por conveniencias

políticas-espaciales que en el fondo no es más que exclusión social e impotencia política, social y urbana.

Graneros, almacenes, bodegas, droguerías, ferreterías, etc. Dedicados a la economía formal, pronto fueron afectados por los trabajos de demolición y construcción. Varios quebraron y otros emigraron a otros lugares de la ciudad, especialmente al potrerrillo, a empezar nuevamente sus negocios, abandonando “la 19”, lo que representaba dejar los esfuerzos de toda su vida. Lo extraño es que en cambio se instalaron, en muchos de estos locales abandonados, nuevos y más bares, prostíbulos y casinos. Los puntos de prostitución callejera como el del hotel Hawái, frente al área cultural del banco de la república, así como el del hotel Suiza en la calle veintiuna, se mantuvieron resistentes al cambio y a las contingencias de la construcción de la plaza del carnaval, generando inclusive nuevos focos de prostitución como la calle veinte, atrás de la iglesia de la panadería, que se ha constituido en lugar de preferencia para las actividades silenciosas de los travestis. El callejón de la 19 A, donde se han habilitado nuevas residencias para el pertinente servicio. Y el mayor y más grave desplazamiento de todos, que fue empujar a bares, residencias, casas de citas, residencias para prostitución, trabajadores sexuales, hacia la avenida Idema, cerca del terminal, como la nueva zona de tolerancia, pero sin lograr que “la 19” desaparezca, en cambio, siga siendo lo mismo.

Hoy en día la plaza del carnaval se presenta como aciertos de recuperación del espacio público, pero la realidad es otra, este feo desierto de cemento anodino, harto para transitar, incapaz de enamorarnos, desconfiable y ajeno, no es más que un nuevo espacio para las mismas actividades clandestinas que han hecho famosa la zona, justificada en un evento anual de tres a cuatro días, como es el carnaval de negros y blancos. Y que no solamente, no resolvieron nada de fondo,

más que cambiar la apariencia de la zona, sino que además terminaron creando una nueva zona roja, en la avenida Idema,

Los fenómenos característicos de la zona, siguen presentes esencialmente en sus prácticas, rituales y lenguajes. Ante los advenimientos progresistas, las entidades solamente actualizan sus maneras de aparecer. Así “la 19” expresa diferentes manifestaciones callejeras: la parte de mayor actividad le corresponde a la cuadra donde está ubicada el área cultural del banco de la república y la carrera 21, aquí se asientan los focos de prostitución junto con las residencias que funcionan en complicidad estratégica. El hotel Hawái, las residencias Suiza, el hotel Versalles y últimamente el hotel Santa Inés en la carrera 21B, son quienes prestan el servicio de las “piezas por un rato”. Generalmente la oferta del cuerpo se promete en las esquinas que enmarcan la zona, las entradas a las residencias, las gradas y callejón del complejo bancario y los vagabundeos por las calles.

La noche en cambio le pertenece a los travestis quienes trabajan deambulando por las partes más oscuras y solitarias de los márgenes de la zona, se han vuelto espacios propicios para sus objetivos la calle 20 y la carrera 21B. Lo de ellos se expresa en demostraciones sobreactuadas y se caracterizan por usar prendas extravagantes con gran habilidad para mimetizarse en lo femenino, hasta el punto de lograr engañar a los más incautos. Sus actividades son nocturnas, se extienden hasta la madrugada y porque las residencias tienen horarios limitados de atención sus servicios sexuales se acomodan a las más singulares entregas, que van desde los abordajes y consumaciones en los automóviles hasta los actos callejeros.

La siguiente parte de la calle diecinueve que hemos sectorizado es lo que corresponde a la plaza del carnaval, entre la carrera 21 y el 20 de julio. Aquí nos encontramos especialmente con tres espacios funcionales: el teatrino de la plaza, que es un espacio donde están situadas unas bancas mirando a la calle y que generalmente son ocupadas por las mujeres de la zona, en espera de sus clientes en descansos merecidos. Después, caminando hacia arriba, nos encontramos una mole con gradas, en la cima, alrededor de los pasamanos, frecuentemente se instalan alcohólicos, vagabundos y algunas prostitutas, desde donde ofrecen sus servicios. Luego viene un campo donde está ubicado el CAI, este espacio se ha vuelto preferido por la trabajadora sexual, que sin ningún reparo transitan entre estos laberintos a luz pública.

La última parte de la calle diecinueve, está entre la esquina del 20 de julio y la esquina de la droguería Santa Isabel, hoy en día, lo que fuese una de las calles más peligrosas, llena de ollas, viciosos y guarida de maleantes, se muestra solitaria, con viviendas abandonadas y casonas que fueron residencias y hoteles totalmente arruinadas. Pero el callejón que da salida a la calle 18, en cambio, se ha transformado en un nuevo foco de prostitución, consecuencia de la construcción de la plaza del carnaval y que además lograron absorber otros espacios, que antes correspondían a la barriada, la vecindad y las comunidades reconocidas. Ese es el caso del barrio Navarrete, que ha sido perturbado por las problemáticas conocidas de “la 19”, específicamente el establecimiento de ollas, transformación del espacio por los travestis y propagación de la delincuencia.

El conocido sector del 20 de julio, hoy día organizado en gran parte por el comercio sectorizado, ha formado, en el trecho de la plaza del carnaval, ambientes que han recuperado las actividades clandestinas que en otrora distinguieron este territorio, solamente que con novedades estratégicas dominadas por los bares que

funcionan a toda hora con altas confluencias populares. Las Tijuanas, el Estocolmo y el San Remo, dominan este lado de la zona y son metederos con nuevas motivaciones para los clientes (videos porno, striptease, rifa de mujeres exóticas, camisetas mojadas, etc.) y que a la vez han establecido una especie de gueto mafioso bastante desconfiable. El andén de la plaza del carnaval, en este sitio, comprendido entre el CAI y la puerta de entrada de la plaza del carnaval, presenta un nuevo panorama de trata sexual, fenómeno que desde ya reclama como propio este sector, pues es de considerar el poder de apropiación del espacio que demanda el oficio.

La calle 18 es otro de los límites que enmarca la plaza del carnaval, que repite muchos de los fenómenos presentes en las otras calles, ahora instalados en esta explanada con algunas características particulares, por ejemplo, se nota una estratificación del espacio por parte de grupos de trabajadoras sexuales como gesto de dominio, donde las jerarquías son manifiestas ó el acomodo de casinos de juegos de azar y maquinitas como centros de ilusiones que invitan a las gentes a derrochar capital y tiempo. Además la calle 18 ha ido extendiendo sus problemáticas sociales y espaciales hacia sus dos extremos; por un lado, hacia el colegio San Juan Bosco, especialmente en la noche, donde las calles y las esquinas han sido tomadas por los travestis para su trabajo; y hacia el otro lado, hasta la iglesia de la Merced, en sus alrededores, donde se desarrolla una actividad de prostitución exclusiva, porque las mujeres que rondan estos lugares desobedecen las conductas comunes ya conocidas de la zona de tolerancia, su rutina es bastante impredecible y está justificada como oficio invisible, porque aquí las mujeres pasan inadvertidas, aparecen y desaparecen o se confunden con el común de la gente por su manera corriente de vestir yendo de aquí para allá, nunca permanecen paradas en las calles para no ser reconocidas y prefieren mantener su clientela por citas o remisión.

Este mapeo de “la 19” nos revela como las urbes crean territorios de horror como instituciones de diferencia, debido a que la ciudad cada día divide más los espacios de convivencia en especializaciones subordinados por lo político, lo económico, lo social, pero ante todo, cada día más nos entregamos a los modelos globalizantes de ciudad con preocupaciones de progreso, la problemática estaría en que estos arquetipos impuestos están dirigidos por fenómenos deshumanizantes del espacio y el tiempo, llevando la ciudad a un devenir de la localidad como selvas de terror.

Estos espacios de tolerancia son alojamientos del escrúpulo, desemejanza y separación. El sentimiento de duda e inquietud que infunden estos territorios se generan en las realidades conflictivas de población y en la comunidad como ausencia, donde la relación e influencia entre habitantes es violenta y su característica es que pertenecen en un alto número a población flotante que usa el sector para su supervivencia dedicándose a actividades clandestinas y antisociales. La desconfianza que inspiran estos mundos se deben a las construcciones simbólicas, aplicaciones y lenguajes del bajo mundo, estimadas así, por estar fuera de nuestras comprensiones, hábitos y capacidad de relación, pero también por su fuerza transgresora comunicación-creación que se justifica en el sentido de protección del territorio, distancia social y legitimación de sus rituales y prácticas. En “la 19”, el miedo se evidencia por sus verdades cotidianas: violencia callejera, pobreza absoluta, problemas de orden público, indisciplina social, delincuencia, prostitución, drogadicción, comercio de sustancias, etc. Así que lo que representa se constituye en su propia fatalidad.

Los conceptos de desemejanza y separación son producidos por los imaginarios sociales como pensamientos de diferencia y como abismos de inaccesibilidad. Es que la ciudad vive una normativa de comportamientos, así que cada ser social

lleva sobre sus espaldas una carga moral, política y estética y su forma de vivir está comprendida bajo tradiciones culturales aprendidas, inclusive su manera de transitar abre o cierra su sensibilidad dependiendo de si es afectado su culto, situación o historia. Entonces no me quiero parecer al otro, porque no me reconozco como semejante social o cultural, pero esta apreciación que parece procedimiento de una sociedad habitual, también se vive dentro de la zona de tolerancia, en respuesta al abismo social instituido como grupos cerrados prácticamente impenetrables. Si para la sociedad la condición de negación se traduce en indiferencia, para las gentes de estos mundos sus razones de cerrarse se justifican en el rechazo general, de tal manera que su respuesta siempre será violenta como expresión de marginalidad patrocinada por la sociedad.

4.4 IMAGEN PÚBLICA VS IMAGEN PRIVADA

No es precisamente la puerta de la plaza del carnaval la entrada al mundo de “la 19”, no le correspondería, aunque hoy se declara como los nuevos espacios de la zona de tolerancia. Lo que en verdad nos permite descubrir la naturaleza de esta realidad, la de “la 19”, son sus expresiones simbólicas, estéticas y existenciales atravesadas en el tiempo, lo social, lo cultural y lo urbano. El conocimiento de estos fenómenos se comprende en los discursos fenomenológicos y en la capacidad de los sentidos. Aquí, aunque la mirada tiene una trascendencia especial por su facultad inmediata de percibir lo que se nos aparece en imagen, no podemos decir que nuestras demás sensibilidades estén ausentes de la misma operación. Así que los fenómenos son develados en imagen y descubiertos en su propia dimensión, de ahí en adelante cada quien es consciente de su propio descubrimiento. La consideración estaría en la percepción de lo visible como cotidianidad y en la intuición de lo invisible como excepcionalidad y sin embargo en imagen.

En “la 19”, lo visible tiene que ver con la mirada y con el otro, la intención es crear un conflicto, ya sea porque se pretende ofrecer el cuerpo y en ese caso el trance sirve para dominar o manipular los instintos del otro trabajando su libido ó porque es reaccionario al rechazo y en ese caso su manera de ser, esta expresada en estéticas de la violencia.

Lo visible se ha propuesto también como estéticas del escamoteo: el engaño, la habilidad, lo oculto, lo disimulado, están dirigidos por prácticas que gobiernan tanto el quehacer cotidiano como los espacios. Existe un aparecer desaparecer que se traduce en una manipulación de la imagen, de persona a mercancía y de espacio a vitrina, destinado a una imagen pública con interés comercial de oferta y demanda del cuerpo que habilita el territorio como contexto de su profesión o como espacio de especialización de lo prohibido.

La imagen pública de “la 19” es concedida no solamente por una realidad observada, sino también por lo que sabemos de ella. Entonces la prostituta no solamente es reconocida por su apariencia sino también por sus tradiciones, lo mismo pasa con los lugares de esta zona, los reconocemos en su materialidad junto a la anticipación que tenemos como espacios imposibles. Si bien lo público se manifiesta en su transparencia, en su evidencia, para el caso de la prostituta y los espacios de “la 19” se extiende a una puesta en escena que transgrede la aceptación de los demás y el concepto de lo público pasa a ser comprendido como problema, porque no se puede entender el cuerpo como objeto de consumo o que los espacios sean transformados en territorios de terror, entendido como lo inasible.

En lo público algo siempre se guarda, las actividades en la zona esconden muchos modos de vida delincuenciales, el contexto de la prostitución, que es lo más visible, está acompañada de fenómenos clandestinos y antisociales que definen lo invisible en lo visible o lo secreto en lo público. La otra realidad que la mirada desconoce se refiere a lo que la cosa guarda para sí mismo o a las prácticas y rituales que necesitan de lo público pero que se sostienen en lo oculto, lo disimulado o lo clandestino. Así que hay una verdad para esconder en una realidad que se vuelve invisible para los demás. Cuando nos referimos al sujeto, a su esencia como existencia en su espacio-tiempo, este ha logrado construir a través de la manipulación de la imagen y las estéticas del escamoteo una imagen pública que ampara su imagen privada para ser librada de las representaciones y los prejuicios sociales.

Diariamente hay que negociar lo privado con lo público. Consignar en la calle aquello que está concebido para lo íntimo, como las relaciones con la familia, las tareas auténticas, las preocupaciones espirituales y las necesidades somáticas. Es conservar de alguna manera su más acá como semejante social, dejando para lo público la imagen carnal. El estigma de mujer mala o en general para la zona, el de gente mala, ha llevado a construir un sub-mundo donde se viven, junto con su oficio, las razones verdaderas de existencia, desplazando tanto los espacios propicios de vida, como su verdadera identidad y su propia historia, solamente que estos valores permanecen invisibles en “la 19” por su carácter auténtico y porque están velados por las manifestaciones públicas del comercio sexual, sin embargo ahí están presentes como lo privado vivido en lo público.

4.5 PRACTICAS, RITUALES Y COMPORTAMIENTOS

La habilidad de provocación que las mujeres usan para lograr atrapar a sus clientes, va desde la determinación de inquietar la imaginación del otro con el ofrecimiento del cuerpo, hasta el de estremecer su condición sensible y sus necesidades más vitales con sus propuestas; su competencia depende del uso de sus declaraciones objetuales, discursos estéticos, expresiones corporales y arremetidas de sus lenguajes habituales.

En “la 19” existen diferencias muy marcadas de poder y sexualidad, se evidencian en su condición económica, belleza y edad. Las mujeres con mayor éxito visten prendas más sugestivas, arreglos faciales más excitantes y accesorios más presuntuosos, su presentación por si sola domina las condiciones y los contextos del lugar, de tal modo que su poder se impone de manera sugerente, entre mayor postura reclamaran los mejores espacios. Para algunas su popularidad en la zona ha sido demasiado efímera, debido a problemas con las drogas, ahora se las reconoce por su aspecto degradado en extremo debido a sus vicios. Mientras que para otras su tiempo ya paso, siendo relegadas y rebajadas socialmente dentro del gueto y obligadas a convivir junto a su oficio con otras actividades delictivas como el atraco a los borrachos, reclutamiento de menores para la prostitución que generalmente son sus hijas o familiares. Pero también se encuentran aquí todavía prostitutas con aproximadamente cuarenta años de oficio, institucionalizadas por la zona, con una situación económica lamentable, recurriendo a la limosna y a la venta de bazuco.

Las mujeres más jóvenes y bonitas tienen mucho éxito en principio, su mocedad y frescura es suficiente para ser las más deseadas. Generalmente son niñas que

han sido consumidas por los ambientes implacables de “la 19”, por problemas de pobreza y por conflictos familiares y terminan distinguiéndose como una nueva generación de prostitutas. Generalmente se escapan de sus hogares por problemas infames como violaciones o acosamientos sexuales de parte de sus conocidos o familiares, también tiene mucha incidencia las decepciones sentimentales. En este grupo de mujeres el índice de consumidoras de droga es bastante alto, usualmente lo aprenden de sus novios y compañeras de trabajo y terminan usando su oficio para poder satisfacer sus hábitos.

Cuando empezó la investigación conocimos a una niña atractiva de aproximadamente catorce años, se dedicaba a vender dulces en los buses con un grupo de *maneros*, decía que se ganaba entre veinte y treinta mil pesos diarios, aunque había algunas jornadas que lograba conseguir mucho más, pero otras apenas recogía para la droga de la mamá que estaba muy enferma. Al tiempo la encontramos vagando por la plaza del carnaval totalmente transformada, maquillada, con ropas seductoras, zapatillas altas y presumiendo mayor edad, en una oportunidad conversamos con ella, nos contó que la mamá estaba muy enferma, que le tocaba llevarla constantemente al hospital a curaciones y cada cita le recetaban medicinas muy costosas, además tenía un hermano menor que debía cuidar, que estudiaba y que no permitiría que pierda esta oportunidad. *“con los dulces no me alcanzaba para todo igual me tocaba trabajar todo el día y bien duro en este negocio solo vengo un ratico y puedo ganarme el triple de lo que me ganaba en los buses además ahora puedo ver más por mi mamá y mi hermano”* (nos contaba la muchacha).

En “la 19” las mujeres usan diversas estrategias como poder de atracción, la belleza, la voluptuosidad, las ropas, los complementos eróticos, les permite mayores éxitos para su economía, horarios más cómodos de trabajo y mejor

clientela. Para otras menos dotadas y favorecidas, solo queda competir con tarifas, engaños, hostigamientos y clientelas de bajo presupuesto. Al lado de sus argumentos y astucias se viven manifestaciones consolidadas en el automatismo de los lenguajes y para-lenguajes como expresiones de provocación. Las voces que se utilizan en el trabajo callejero trascienden desde los susurros más lujuriosos hasta los cortejos más libidinosos por imaginar, se debe destacar una característica particular en la presentación de este fenómeno, que el uso de estas declaraciones son más reiterativas en mujeres con mayor necesidad económica, con caracteres más vulgares, conflictivos y con diferencias inferiores de seducción; porque la mujer joven, exótica, acicala se vende fácil por sí sola. Estas estrategias, exclamaciones y exabruptos también son usadas por los travestis quienes son más lanzados y efusivos por su necesidad de llamar la atención.

El gesto también es un recurso de poder para los lenguajes de la provocación, el cuerpo es utilizado como un medio simbólico de relación a través de la expresión cinésica como eficacia sexual, su fuerza se transmite por expresiones (señas obscenas, mímicas carnales, pucheros eróticos o actitudes con las manos, etc.), posturas (abrir las piernas, pararse de espaldas, agacharse, etc.), contactos (caricias, manoseos, jalones, choques, etc.), movimientos (caminar sensualmente, jugar, bailar, saltar, etc.), muecas (guiños, caras, sonrisas, miradas, parpadeos, etc.). Entre los ritmos de estas pronunciaciones se suman lenguajes paralelos, que pueden ser conscientes o inconscientes, pero que determinan los diálogos callejeros para el acuerdo comercial del cuerpo, este performance se realiza como creaciones particulares del sujeto para conseguir su propia distinción especulativa. Son voces sugerentes que despiertan los ánimos en el que pasa, sonidos gestuales, gemidos, silencios, balbuceos, etc. se aprenden como instrumentos del oficio, un ejemplo podría ser el de la prostituta que tiene como regla no dar un beso a su cliente, pero lo realiza recurriendo al simulacro con sonidos y ademanes ó para el caso de los gemidos fingidos del orgasmo.

Las prácticas clandestinas del regateo y el trato se realizan a través de todas estas afirmaciones, la eficacia de estos lenguajes se evidencian en el engatusamiento materializado en el acuerdo y entrada a las residencias. Generalmente el cliente llega con una predisposición, necesitado de ser convencido, lo cual es inmediatamente percibido por la sagacidad de quienes están esperando estas oportunidades. El ritual del profano se evidencia por sus actitudes tímidas de indecisión, primero merodea por la zona, luego hace acercamientos con la mirada y señas disimuladas y recibe por respuesta manifestaciones evidentes y directas por parte de la escogida que no tiene ningún reparo en declarar públicamente sus expresiones mundanas. Una vez acordado el encuentro, adentro en la residencia, el cliente, debe pagar la pieza por aparte y luego antes de cualquier acción debe cubrir lo tratado con la prostituta.

Las piezas en las residencias están determinadas para el alquiler por un rato, quiere decir que estos cuartos se arrendan una y otra vez sin hacerles aseo o cambio de tendidos entre ocasión y ocasión, son espacios indignos, sucios, que huelen mal, donde cada vez más se dejan acumular las energías corporales propias de los encuentros sexuales pagados.

Existe una singularidad en la conducta del cliente en toda esta situación, es que desde el mismo momento en que llega a la zona, éste se concibe como un ser invisible y actúa para no ser observado, su pretensión se funda en la vergüenza de ser reconocido y de reconocer su libido o su apetito por estos arbitrios, así que tanto la entrada a la residencia como la salida de la misma es atravesada en negación y en desaparición.

La vida de “la 19” empieza con la actividad comercial de la zona, los graneros, dulcerías y almacenes abren a las ocho de la mañana, las calles a estas horas son desoladas, frías, adormecidas; al caminar por las residencias se siente el olor mezclado de los riegos que se echan sobre los andenes y entradas de estos negocios así como el baño de específico que trascienden desde sus adentros. Lentamente el sector empieza a reaccionar y las prostitutas empiezan a aparecer. Algunas llegan en taxis, en sudadera, cargando un maletín donde llevan ropa para cambiarse, dentro de la residencia transforman su apariencia para salir a trabajar. Algunas llegan ya maquilladas y vestidas para las faenas callejeras y otras con apariencias más descuidadas se cambian rápidamente tras las puertas de las residencias, basta con ponerse una minifalda, una blusa corta para lanzarse a la rebusca. Las escenas de llegada a su trabajo muchas veces son crueles, porque muchas de estas mujeres llegan acompañadas de sus niños, mientras que otras lo hacen de sus familiares.

Los rituales con los que inician el día son bastante particulares, para unas es importante empezar santiguándose o besar con fervor estampas religiosas, escapularios, rosarios; para otras sus protocolos sobrepasan las creencias religiosas y entonces recurren a prácticas más profanas como frotarse los órganos genitales con las monederas, pegarle a las paredes o al portón de la residencia con su sexo al mismo tiempo que hacen rezos paganos o pararse de frente a la calle y tirar monedas hacia adentro de la residencia para curar la entrada o cubrir con riegos, de manera solapada, la entrada de la residencia para la buena suerte. Estas fuerzas de superstición entre lo religioso y lo mundano son muy arraigadas en los ánimos de la gente de “la 19” como construcciones simbólicas en la legitimación de sus credos. *“los hombres son muy malos y aquí la gente es muy envidiosa el otro día encontraron en las residencias de arriba a una muchacha que mataron la habían ahorcado por eso yo ando cargando las ánimas del purgatorio para que me libren del mal y me zafe de blanquearme el día a veces antes de*

venir a trabajar paso por la iglesia de la panadería para ponerles una velita y así estoy segura". Nos contaba una de ellas que no quiere que se sepa su nombre y que además advierte que también lleva ruda en su cartera.

Los lugares de trabajo son ganados tanto en el tiempo como por reputación. Los hoteles inclusive escogen a sus clientas a quienes si les arrendan las piezas para su trabajo y les brindan algunos privilegios a cambio de asegurar su participación en las ganancias que deja este quehacer y generalmente rechazan a mujeres conflictivas, drogadictas o borrachas para evitar también la mala imagen para sus negocios. Este fenómeno clasifica a los hoteles y estos a su vez clasifican a las prostitutas, quiere decir que hay un juego a doble vía con beneficios mutuos.

Estos espacios de popularidad conviven con la zona comercial de "la 19" y para este sector económico, los sitios de trabajo de las prostitutas son vistos como problemas para el libre desarrollo de sus actividades, de tal manera que aunque residencias, prostitutas, travestis, negocios están juntos, compartiendo la misma zona, los límites sociales son bastante marcados y por algunos totalmente rechazados. De igual manera las prostitutas frente a esta relación de distancias, de indiferencia, son prevenidas y amenazantes.

Las rutinas de trabajo de este oficio se distinguen por su crueldad, hay mujeres que se han pasado prácticamente toda su vida trabajando en esta zona con jornadas diarias inhumanas, lo más doloroso es que hoy las vemos aun trabajando en "la 19", a pesar de haberlas conocido cuando éramos niños y a otras cuando empezábamos la adolescencia. Las horas de entrega en la zona ni siquiera pueden ser medibles, todo depende de las necesidades y las condiciones de cada una. Para muchas mujeres su obligación en la calle depende de sus

responsabilidades íntimas, el cuerpo en venta como objeto de deseo se reivindica en su asistencia de madre, esposa, ama de casa, repartiendo su tiempo entre sus deberes y su destino. Algunas trabajan la mañana mientras sus hijos estudian, luego recogen a sus hijos en la escuela y vuelven a sus casas a ocupar su lugar de madre. Otras lo hacen todo el día, lo de callejear, porque muchas veces sus necesidades son mayores o porque su poder de sensualidad no las ayuda a conseguir lo deseado con mayor éxito. Pero también hay quienes saben explotar muy bien sus atributos y popularidad, son mujeres que trabajan dos o tres horas, debido a su novedad y sensualidad que se retiran con jornales muy lucrativos, el problema está en que estas facilidades son efímeras, así como la belleza y pronto pasaran de ser las más afortunadas a las más olvidadas.

En las calles la espera, la competencia, están acompañadas de tensiones entre la comunidad. Observamos algunas conductas que parecen desprenderse de problemáticas al interior de los grupos a causa de la presión por la rivalidad de clientes, la exclusividad de espacios, las diferencias estéticas y la envidia en general. Entre las mujeres existen muchos roces que dan lugar a peleas, que van desde los insultos hasta enfrentamientos violentos, el objetivo es hacerse el peor daño, que para ellas es el *de "marcar la cara de la otra"*, de tal manera que aquí todas andan armadas con cuchillos, navajas, punzones. Hay una ley callejera que permite que la venganza esté justificada en la indiferencia de las demás, por regla nadie debe meterse en una pelea entre enemigas.

Las drogas y el alcoholismo, son problemáticas enquistadas en los ambientes de "la 19", donde pululan las ollas y los vicios. Muchas de las mujeres que trabajan en la zona así como algunos travestis no son ajenos a estos conflictos, que en un principio son tomados como formas de escape y aguante a las jornadas esclavizantes que deben afrontar en su sufrir, pero que luego se constituye en

una adicción que sumado a su suerte se hace más profundo y oscuro el hueco de su porvenir. Cuando empezamos esta investigación, conocimos algunas mujeres y algunos travestis que se notaban en buena forma, cuerpos esbeltos, apariencias muy frescas y mucha popularidad; para hoy, las cosas han cambiado sorprendentemente, nos hemos encontrado con las mismas personas de ese entonces en condiciones notables de desgracia, algunos casos muestran haber caído totalmente en la humillación, tanto así que hoy deambulan como desechables. Este tipo de prácticas de degeneración cada vez son menos ocultas y más frecuentes, a las mujeres se las ve drogarse públicamente y/o emborracharse a cualquier hora del día sin ningún tipo de reparo, estas costumbres también se denuncian por si solas en la noche, cuando los travestis despreocupadamente terminan abandonados en su integridad por estos abusos. Hay una especie de dependencia aquí entre expendedores y consumidores a nivel interno de la zona, donde los jibaros son quienes mantienen el vicio a las prostitutas o prostitutos porque generalmente entre ellos mantienen algún tipo de relación, son sus novios o sus protectores o sus explotadores.

Cuando llega la noche la vida de “la 19” entra en otra permanencia. A eso de las cinco, las seis de la tarde, el ambiente empieza a transformarse extrañamente, las prostitutas así como llegan repentinamente empiezan a desaparecer, las razones pueden ser varias según intuimos y observamos, sobresale que la noche en la zona ha cambiado esencialmente como respuesta a las nuevos fenómenos que aquí se han creado, entonces ya no hay motivos, ni ambientes, ni confluencias propicias para seguir trabajando después de terminado el día para las prostitutas. Parece ser, también, que las costumbres callejeras de las mujeres se han reducido a jornadas diurnas porque hay que dedicar tiempo a las tareas propias o a la familia y la noche es aprovechada para estas necesidades, pero también influye mucho el miedo instalado por los peligros y la confusión propios de la zona a estas horas de las sombras, así como las amenazas reales de maltratos y

encierro por parte de la policía en las continuas persecuciones que esta autoridad ha implantado como medidas de seguridad. Pero existe un fenómeno aún más directo y contundente para que las mujeres no aparezcan en las noches en “la 19”, se debe a las *negaciones del territorio* que se han creado sugerentemente en las luchas de géneros por establecerse como grupos libres e independientes, estas luchas no tienen nada que ver con choques violentos o con guerras, sino con los estados inherentes a la competencia que genera el comercio del cuerpo por el espacio. Son los travestis quienes se han tomado los dominios de “la 19” en la noche, creando ambientes especializados como reclamación de autonomía y exclusividad de género. Su trascendencia nos hace sospechar una cierta manifestación de poderes, sumisión y tolerancia entre prostitutas y travestis, es algo que se siente en la atmosfera en toda situación, hay un silencio explícito cuando “ellos” van llegando a sus puestos y ellas se van retirando de los mismos, algunos con mayor jerarquía se atreven a lanzar sentencias al aire a manera de ocurrencias: *“a volar las arepas que llegaron los culos”, “llegaron las bellas afuera las feas”*, esto logra anular, de antemano, reclamos territoriales y en el fondo resuelve cualquier prescripción.

A medida que cae la tarde los negocios van cerrando sus puertas y la zona va entrando un momento tenso que trae consigo una suerte de concesión forzada, de transigencia discutida por las nuevas costumbres que se han ido estableciendo en “la 19” por parte de los travestis. El arribo a sus sitios de trabajo es todo un espectáculo, sus desmesuradas actuaciones diarias empiezan haciendo toda clase de demostraciones para hacer sentir su presencia, hay una necesidad imaginaria por sentir la calle como escenarios para hacer alarde de sus extravagancias y transformaciones, la idea es hacer sentir de manera escandalosa su llegada para reclamar autoridad y admiración. Sus movimientos y caminados son fachosamente copiados de las actitudes femeninas a manera de pasarelas, además se atreven a hacer exhibiciones mayores como: mostrar los senos,

interiores íntimos provocativos, ligeros, el cuerpo semidesnudo, etc. Una característica para destacar entre los travestis es que todo lo que consiguen se lo gastan en mejorar su apariencia; para “ellos” es muy importante la ropa, los tratamientos de belleza, el maquillaje, los accesorios femeninos, las prendas eróticas y el gran sueño de someterse a las cirugías plásticas, tanto así, que la mayoría vive en condiciones miserables y en una mentira existencial socavada, sin embargo todo está justificado cuando se logra ser reconocido como la más bella.

En medio de las noches frías, indignas y calles sobrecogedoras, aparecen en las esquinas de “la 19” las figuras entumecidas de los travestis esperando a sus clientes. Parecen estar muy convencidos con sus figuras estafalarias y transformadas, casi desnudos, buscan la oportunidad de mostrar sus encantos como estrategias de provocación, la competencia entre ellos es muy difícil, tiene que ver con la habilidad de mimesis que se sustenta en la capacidad económica como argumento de poder y belleza, esto produce unos ciertos niveles de popularidad que terminan clasificando a los travestis y como consecuencia a sus contextos, para unos su momento es emocionante, mientras que para otros, para los menos apreciados, estas suertes del oficio y condición sexual traen consigo problemáticas de autoestima y selección.

Las jornadas en las noches son desmedidas en todos los sentidos, estas generalmente terminan en escenas desagradables al borde de la madrugada por los excesos con el alcohol y las drogas. Es como si al final dejaran descubrir su propia naturaleza, esa con la cual discuten a diario, pero que llegados estos momentos no tienen ningún reparo de manifestarse en las peleas o en la pérdida de sus encantos a razón de estos abusos. Para muchas estas prácticas, las actividades propias de su oficio, los trasnochos, la crueldad de los ambientes, los

han llevado a estados críticos de decadencia por injerencias del tiempo y de estas vicisitudes.

Las escenas que se ven a diario en la noche son bastante fuertes, de mucho impacto, estas realidades son para la noche, porque en el día sería demasiado escandaloso e insensato para la cotidianidad de la ciudad, así que también es una manera de proteger sus prácticas y salvaguardarse de la mirada social, que por sí sola ya es lo bastante descalificadora, aun mas que la que se insinúa con las prostitutas. Cuando los carros, los clientes o los hombres se acercan a sus territorios, los travestis desinhiben sus actos en pedanterías exageradas desnudando sus partes íntimas y buscando la oportunidad de tocar de manera vulgar a quienes se acercan a ellos, si sus interesados se arriman intentan seducirlos sobándose contra sus partes íntimas y los acuerdos muchas veces se materializa en los rincones más oscuros de la calle, en otras ocasiones dentro de los autos que los visitan y en oportunidades se enrumban en carros misteriosos que se pierden de la zona. Su espíritu es estar siempre en busca de diversión, parecería, que en este caso, la plata no es su primer interés, sino tener un encuentro sexual como deliberado sentimiento de su condición, claro está que esto sucede cuando su conquista le gusta, lo que no sucedería con las prostitutas que no anteponen el juicio del gusto ante su necesidad económica.

4.6 FENOMENOLOGÍAS LENTAS A LA SOMBRA DE LA IMAGEN

Todas estas manifestaciones que hemos revisado y que pertenecen a las formas de presentación de “la 19”, arrastran vidas, espacios, tiempos en su infinitud, son imágenes que se traducen en construcciones simbólicas para fascinar al mundo de afuera que le conviene, es por eso que esa imagen creada para el otro tiene

una justificación mezquina, “ganarse la vida a como dé lugar”, para lo cual ha producido en su contexto la cultura de la provocación. Pero desde afuera la mirada social no acepta tales demostraciones, estableciendo como consecuencia imaginarios moralistas con el gravamen de perpetuar sentidos de rechazo, miedo e intolerancia. Pero lo que no sabemos es que mientras “*el procedente*” de “la 19” viven una humanidad a expensas de ser usados o juzgados por otra humanidad, su propia existencia tiene que ser negociada con la realidad diaria en las calles, eso comprendido después o antes de su imagen de prostituta, o sea lo que se cumple normalmente para lo humano, igual que para todos, pero que debido a su situación, a su karma, se ve en la obligación de desplazar la arquitectura de su vida hacia “la 19”.

Un ejemplo de estas violencias imperceptibles, se declaran en manifestaciones de desplazamientos, nomadismos y transmigraciones de las prácticas y rituales que tienen que ver con las construcciones íntimas, las preocupaciones cotidianas que pertenecen a la casa, la familia, lo propio y afirmaciones de su individualismo expuestas en lo público.

El concepto de desplazamiento nos indica que hay una acción de movilidad de un sitio a otro, de un sentido a otro, de una naturaleza a otra, en lo que corresponde a lo objetual, lo espacial, lo temporal. También implica el abandono de una manera de ser y hacer y un cambio de destino, concepción y realidad. Este tipo de problemáticas en “la 19” son poco perceptibles para la mirada mezquina limitada por convencionalismos o para voluntades cegadas por la velocidad y las preocupaciones parcializadas. ¡Pero ahí están! Visibles o invisibles han logrado localizar prácticas del desplazamiento, traídas de lo doméstico y lo íntimo para ser vividas en el mismo espacio donde estas gentes a diario tienen que exponer el cuerpo como mercancía. Las causas para que este fenómeno, en el presente, se

viva tan cruelmente pueden ser varias, pero tal vez la que en los últimos tiempos pudo incidir con mayor fuerza ha sido la construcción de la plaza del carnaval. Fue entonces cuando desaparecieron los inquilinatos y las residencias de casonas enormes, que no solamente alquilaban piezas para los visitantes y para el rato, sino que también albergaban a muchas de las trabajadoras sexuales con sus hijos o sus familias y de la misma manera desaparecieron los comederos que se dedicaban a atender a estos moradores. Además algunas de estas familias que tenían vidas paralelas a su oficio, porque no todas se acogieron a este plan, fueron reubicadas en el momento de la demolición de toda esta zona bajo un proyecto de vivienda social estratégicamente planeado por el proyecto “la plaza del carnaval y la cultura”, llamado “la estancia”. Efectivamente se entregaron casas a esta población problema, de bajos recursos, para que vivan, eso sí, lo más lejos posible de la ciudad como solución a las problemáticas sociales de “la 19”, sin entender que estas formas de desplazamiento tan disimuladas solamente trasladan o transforman lo fenómenos de antes a nuevos espacios y a nuevas prácticas.

Como sea, de la misma o diferente manera, “la 19” en esencia sigue siendo lo mismo que ha sido siempre, así sea que las gentes vivan o no vivan en “la estancia”, estas siguen sobreviviendo de la zona sin dejar sus actividades clandestinas, solamente que ahora, por su situación residencial y las nuevas condiciones del territorio, se han visto obligadas a crear soluciones inmediatas, así como establecer nuevas costumbres. El haber perdido la posibilidad de tener su hogar en la misma localidad donde desarrollan sus actividades de prostitución, estas mujeres han terminado trasladando aquello que está contemplado para ser realizado en la casa hacia la calle, en donde ahora este espacio esta soportado para los rituales esenciales a la sombra de las prácticas ilícitas. Esto que se propone como “*la calle como la casa*”, no es más que una realidad que se puede observar como el otro lado de la estigmatizada como “*mujer mala*” por haber

metido su vida en un *cuerpo-apariencia* utilizado como símbolo sexual callejero y comercial.

Precisamente este otro lado que no está prevenido para ser tratado en la calle, no hace parte de la puesta en escena comercial, ni quiere ser discutido públicamente, sin embargo estos asuntos guardan situaciones muy crudas e injustas de su cotidianidad privada, familiar, pero que tienen que ser vividas en la zona. Recibir a sus hijos en las esquinas o puertas de las residencias a la llegada del colegio, atender las necesidades de la familia desde el sitio de trabajo, compartir el tiempo entre su trabajo y los momentos íntimos con sus inseparables sentimentales, transitar el día entre su lucha callejera como busconas y sus menesteres originales, orgánicos, espirituales, etc. son verdades que se repiten en cada una de estas vidas de manera incomprensible y violenta, pero que se separan de las costumbres y justificaciones callejeras en un mismo momento y espacio de sus prácticas y rituales íntegras y francas. Son maneras de existir en “la 19” donde se compromete en desplazamiento, funciones, comportamientos, sentires, exposiciones, silencios, que se cultivan en la casa. Hemos sido testigos, por ejemplo, de ver cuidar a los niños más pequeños junto a las esperas propias del oficio o encargarlos a sus compañeras mientras cumplen con sus contratos dentro de la residencia, atender las tareas de la escuela junto a sus hijos en las gradas o andenes de las entradas de los hoteles, compartir las comidas o entredías en cualquier rincón de la zona, buscar descansos o dormir la siesta en las bancas o riquiñequés de la plaza, en fin, todo eso que le corresponde a cualquiera vivirlo en las particularidades de sus cobijos.

Eso que todos hacemos en la casa y que inclusive se constituye en nuestras opciones de privacidad por manejarse solamente al interior de nuestras paredes, en “*la calle como la casa*” se viven barajadas entre las casualidades del ambiente

tenso de prostitución con sus contenidos, casi que inapreciables para los demás, pero ciertas para los de adentro, al ser desplazadas a estos rigores de la zona se transforman por las incidencias obvias del espacio y sus ambientes, quiere decir que aquí, en la calle, también se hace lo que se hace en la casa, pero su trascendencia y sentido cambian totalmente, porque no es lo mismo tener la garantía que ofrece el significado de nuestros espacios personales para la construcciones propias a tener que cargar con todas las afectividades de la vida y ser puestas en juego con los discursos de “la 19”.

En esta dependencia del mercado sexual en las calles, se expresan creaciones que están más allá de las comprensiones corrientes y más acá de los imaginarios establecidos, que funcionan dentro de las lógicas, estéticas y políticas del mundo de “la 19”, como necesidades para aparecer así como conveniencias para desaparecer y que tienen que ver con lo que podríamos llamar el “*poder de transmigración*” como manipulación de la imagen. No solamente transponer el cuerpo de un lugar a otro, sino también pasar la voluntad de un cuerpo a otra voluntad con otro cuerpo o la naturaleza de un cuerpo a otro cuerpo con otra naturaleza.

El cuerpo de quien es, no se puede reconocer, solamente se reconoce el cuerpo mismo, carácter de la apariencia en la prostituta. Este cuerpo, entendido como existencia, que ha sido relevado de situación por pasar de ser como es en esencia, a ser *cuerpo-apariencia* como prostituta, aprovecha la manipulación de la imagen para negar el rostro y el nombre, esconde la identidad propia con la que puede discutir con el mundo y la reserva como cuerpo primitivo, por contener sus orígenes con todos sus suplementos y pasa esta entidad, ya no identidad, a un paralelismo como cuerpo mecánico, por estar ideado para la repetición sexual.

Lo que es permanente, paradójicamente, no es lo que vemos, sino lo invisible mismo, esto se aplica para “*ella*”, porque ha creado una apariencia mutable como máscara pública, objeto de consumo, con el carácter de revocable cada vez que necesita regresar a su primordial-ismo. Lo que necesita es no ser reconocida - aun cuando está expuesto su mismo cuerpo - y poder permanecer acá como “*ella*” y afuera como “*objeto*”. No deja ver, no se hace ver, se volvería accidental su reserva, por eso apenas nos deja saber de su factura, de su creación como transpaso de un cuerpo en retención a un cuerpo en especulación.

Pasar el alma de una presencia a otra presencia y a la vez cambiar la índole de este cuerpo para pasar a otra preferencia en el mismo cuerpo, sería el atributo del transformismo como negación del cuerpo sexuado, en cambio afirmación de la condición sexual. Ese cuerpo que no se deja conocer porque ya no se puede llevar ni siquiera como identidad, no corresponde a los sentimientos verdaderos de este ser, no puede contener las fuerzas subjetivas de su espíritu, no declara las necesidades estéticas de su autonomía, ni tampoco se antepone a las constituciones simbólicas de su vida; por lo tanto su decisión de innovarlo, también en simulacro, hacia su diferencia, es una manera de arriesgar su totalidad y asumir un cuerpo fraccionado para reclamar su naturaleza sexual o su participación en el mundo a su manera, aun sabiendo de su fatalidad. Además su ilusión de la belleza necesita de tránsitos especiales, no solamente se trata de sentirse mujer, sino incluso de competir como mujer, así que dejar atrás un cuerpo asumido como equivocación de la creación, para someterse a otro cuerpo con el cual se debe vivir de aquí en adelante, necesita de un interior y un exterior con el cual persistir.

La imagen debe moverse, como semejanza de un modelo inventado o copiado, la habilidad consiste en pasar de un cuerpo presentado en el espejo, como identidad

oculta, por quedar atrás sepultada, a una representación exótica inasible como coincidencia de su manipulación imaginaria y al mismo tiempo a una representación como cuerpo simbólico sexual. Sin embargo esta alegoría de lo femenino siempre algo de su antigüedad dejara escapar, jamás podrá sostener enteramente su mudanza, así como siempre tendrá lugar para reiterar su temperamento sexual, valiéndose ante todo de la imagen como su mejor argumento, en la reivindicación de su individualidad.

Además, encontramos otro fenómeno en “la 19” que no es fácil de determinar por hacer parte de las complejidades subjetivas de las fulanas y fulanos que aparecen de repente en la zona y que se asientan estratégicamente por temporadas para aprovechar la curiosidad de los ánimos libidinosos de la novedad. Existe en esta cultura del comercio sexual un cuerpo nómada que se lleva como una mercancía errante sin destino fijo para ser usado respecto de las prácticas, rituales y formas de vida de la profesión, sujeto a los destinos clandestinos a donde llega. Un cuerpo que nunca se establece y que apacienta por tiempos, condenando su duración a transitar por las construcciones sociales propias del lugar y las experiencias mundanas que logra en cada sitio que permanece, así como sentenciando su idiosincrasia a transformarse por haber negociado sus adentros con el afuera y tiempo de establecimiento. Es un ser que se construye y destruye permanentemente, que vive en ausencia y presencia, *por un lado el cuerpo y por otro su aliento*. También son portadoras de las modas, monsergas, relatos, nuevas costumbres, después de haber pasado por muchos lugares de la misma especie, de donde van recogiendo las costumbres propias de estos espacios para luego usarlos con originalidad a donde llegan. Las actualidades que distinguen a las mujeres de paso, poco a poco se van instalando en los ambientes de “la 19”, principalmente lo que tiene que ver con el vestido: telas, estampados, colores, texturas, transparencias, esculpas; así como aquello que esta creado para el semblante: maquillajes, cortes, tinturados de cabello, tatuajes, accesorios,

extensiones, etc. Pero también se van aprendiendo en la zona las nuevas conductas y estrategias que traen de otras partes y que se expresan a través de lenguajes de incitación, que por sus lógicos movimientos, están inventados o transformados por los sincretismos culturales del comercio sexual y de los imaginarios del bajo mundo.

Finalmente podríamos decir que “la 19” es mundo para investigar de muchas formas, la etnografía misma se puede diseminar dentro de estos mundos, esta investigación tiene que ver con las capacidades sensibles y cognitivas de la mirada, expuesto y dispuesto a la imagen interior-exterior, porque de eso se trata todo, de la duda al contemplar el laberinto, del riesgo al meterse en él, pero ante todo de la pregunta ¿qué hay detrás del laberinto?

BIBLIOGRAFÍA

AGUIRRE BASTAN, Ángel. Etnografía: Metodología cualitativa en la investigación sociocultural. Bogotá D.C.: Alfaomega colombiana S. A., 1997. 356 p.

AUGE, Marc. Las formas del olvido. Barcelona: Gedisa Editorial, 1998. 110 p.

BAUDRILLARD, Jean. Cultura y simulacro. Barcelona: Kairos S.A., 2001. 193 p.

BLANCHOT, Maurice. El espacio literario. Barcelona: Paidós Ibérica S.A., 1992. 264 p.

DE CERTEAU, Michel. La invención de lo cotidiano, México, D.F.: Universidad Iberoamericana A.C., 1996. 229 p.

DERRIDA, Jaques. ¡Palabra!: Instantáneas filosóficas. Madrid: Trotta S.A., 2001. 103 p.

ELIADE, Mircea. Lo sagrado y lo profano. Barcelona: Labor S.A., 1983. 185 p.

FOSTER, Hal. El retorno de lo real: La vanguardia a finales de siglo, El artista como etnógrafo. Madrid: Akal S.A., 2001. 234 p.

FREEDBERG, David. El poder de las Imágenes. Madrid: Cátedra S.A., 1992. 488p.

GADAMER, Hand-Georg. Verdad y método. Salamanca: Sígueme S.A., 1992. Volumen I y II.

GIL CALVO, Enrique. Medias miradas: Un análisis cultural de la imagen femenina. Barcelona: Anagrama, 2000. 318 p.

J. KREBS, Víctor. Del alma y el arte: Reflexiones en torno a la cultura, la imagen y la memoria. Caracas: Fundación Museo de Bellas Artes, 1997. 188 p.

LEVINAS, Emanuel. La realidad y su sombra. Madrid: Trotta S.A., 2001. 126 p.

LINDÓN, Alicia. La vida cotidiana y su espacio-temporalidad. México: Anthropos, 2000. 236 p.

NANCY, Jean-Luc. La mirada del retrato. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2006, 90 p.

=====. La comunidad desobrada. Madrid: Arena Libros, 2001. 206 p.

READ, Herbert. Imagen e idea. México: Fondo de cultura económica, 1998. 238 p.

RICOEUR, Paul. La memoria, la historia, el olvido. Madrid: Trotta S.A., 2003. 684p.

THIBAUT-LAULAN, Anne Marie. El lenguaje de la imagen. Madrid: Ediciones Marova, 1973. 218 p.

VEYRAT-MASSON, Isabel y DAYAN, Daniel. Espacios públicos en imágenes. Barcelona: Gedisa S.A., 1996. 325 p.

